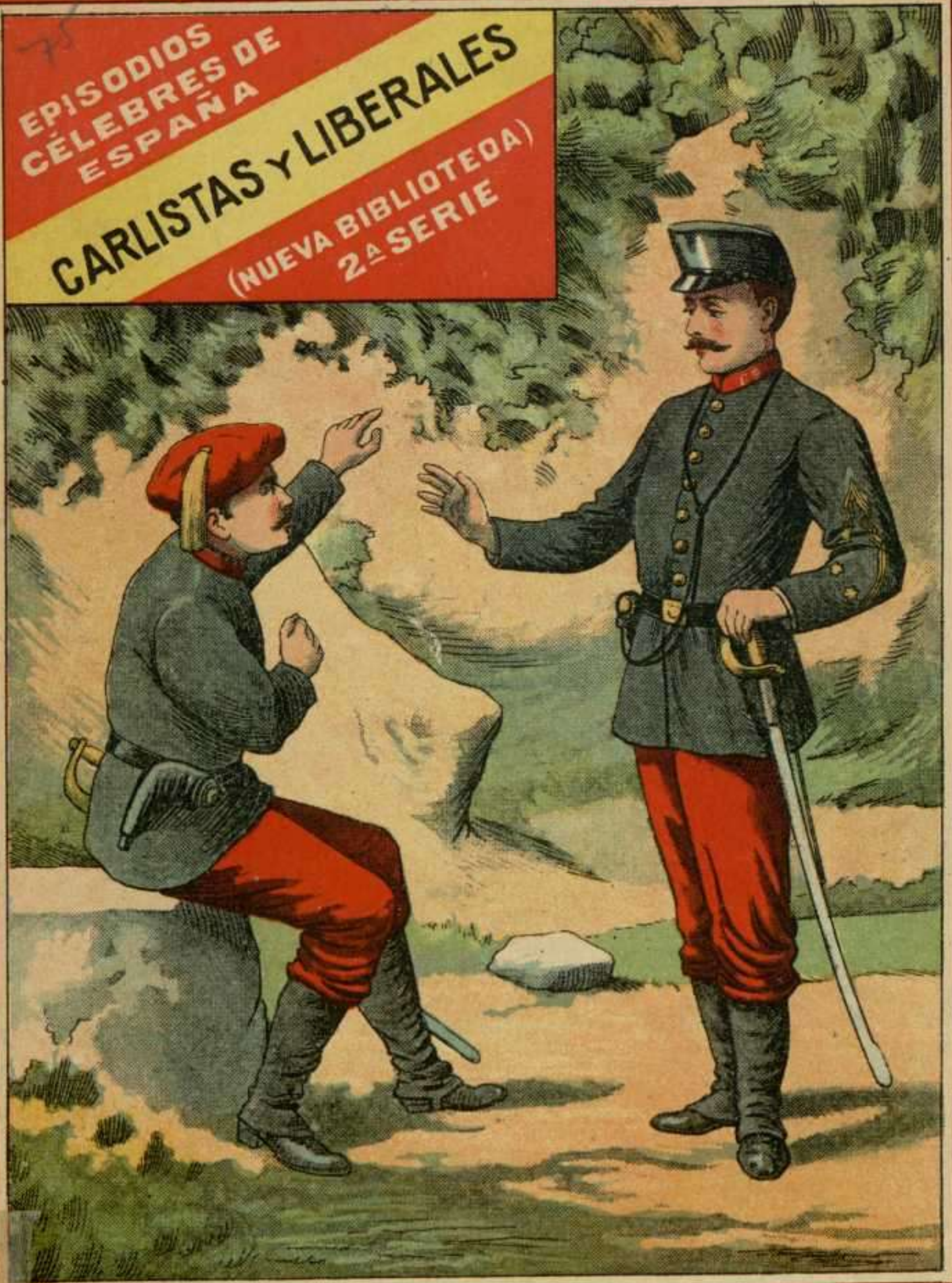


LA GUERRA CARLISTA

EPISODIOS
CÉLEBRES DE
ESPAÑA

CARLISTAS Y LIBERALES

(NUEVA BIBLIOTECA)
2ª SERIE



TOMO ÚNICO

HISTORIA COMPLETA
20, CÉNTIMOS

A.T.V.
804

:: NUEVA ::
BIBLIOTECA

EPISODIOS CELEBRES DE ESPAÑA

- ADMINISTRACIÓN: -
VELARDE, 12.
: MADRID :

CARLISTAS Y LIBERALES

I

El león de Olasar.

Corría, es decir, mediaba el año 1872, y graves acontecimientos amenazaban la paz de la Nación española, harto combatida ya por intestinas algaradas. Empieza esta historia en el corazón de la indomable Vizcaya, tierra donde se han desarrollado épicas grandezas de nuestra historia contemporánea, y miserias de los hombres que en todo lo más grande ponen siempre su sello de bajas y viles pasiones. Un esfuerzo, lectores, y ante nosotros desfilará, como en vista cinematográfica, aquella región.

Trasgos, brujas y fantasmas pueblan sus bosques de encinas y habitan las concavidades de sus rocas, aquellas rocas que blanquearon los huesos de sus hijos en tantas guerras. Y el ambiente de lucha e independencia flota bajo aquel cielo brumoso, aquel ambiente que atronaron, en época no lejana, el cañón y el grito de guerra en la lucha por lo tradicional en contra de modernas ideas.

Yo sé, y vosotros sabéis también, que en aquellas regiones, aun en noche de nieve, ha retumbado muchas veces el trueno y

brillado el relámpago, como si esto fuera clara y estruendosa manifestación del carácter de los habitantes de los valles vascos: nieve por fuera, pero dentro el genio de la tempestad. Calma y paz, pero constantes encubridoras éstas de la rebeldía, del amor a lo pasado y del odio a lo de fuera.

Y si en religión y costumbres son tradicionales, en nobleza y orgullo tradicionales son. Si veis sus caseríos, serán muy pocos los pueblos que no contengan algún edificio donde no habrá podido aún borrar el tiempo, con su paso destructor de Atila eterno, los trazos heráldicos de un escudo de armas, patente muestra de que allí alentó y alienta todavía el pecho de un descendiente de algún cruzado; que aún vive tras de sus muros la rancia nobleza de una familia de hijosdalgo, apegada a su terruño, aunque el tiempo haya disipado el oro con que restaurar los borrosos trazos que en la venera de la puerta indican un blasón.

Pues bien; a este pueblo religioso y creyente, fuerte y libre, quiero que me sigáis. Entiendo que os encanta la poesía, y poesía existe en aquellas regiones. No será la dulce poesía de las riberas del Miño, ni la ardiente del Guadalquivir, ni la indomable y

épica de las del Ebro; pero yo os respondo que es poesía, la poesía de los cantos primitivos; la poesía fuerte y robusta del honor y de la fe fanática e inquebrantable; la poesía que las infinitas tradiciones de la leyenda histórica de este pueblo guarda amorosamente.

No penséis que además voy a exigir el esfuerzo de remontarnos a otra edad ni os atormentaré con descripciones de otros tiempos y otras costumbres. Os presentaré hombres modernos, a los cuales os bastará colocarles una cota de malla y una maza y tendréis en ellos un vencedor de Roncesvalles.

Un pueblo de estas regiones todos sabéis cómo es. No tiene el aspecto sucio de los lugareños de Castilla, ni la alegre hermosura de los que alumbra el claro sol de Andalucía, ni el aspecto miserable de los de la Suiza española, la sin par Asturias. Hasta es típico de aquellos independientes moce-tones sus viviendas. Esparcidos en un valle, forman una aldea, una villa, diez caseríos blancos como la nieve. Aquí, al fondo del valle, hay uno; más allá, al pie de una montaña, otro; otro a la entrada de una garganta; perdido entre encinas y alcornoques, otro; otro al borde de un despeñadero.

En medio de esta agrupación, la iglesia, con sus soportales de piedra; el juego de bolos y pelota y la Casa Ayuntamiento, son los encargados de unir la dispersa bandada con los lazos de la religión y de la sociedad.

Un anillo de montes abruptos, de incomprendibles vertientes, de altísimos picachos, rodea el horizonte por todas partes. Verdean las montañas con sus encinares y tomillares y un cielo brumoso se confunde con ellas en las cúspides. El viento corre al través de las frondas como al través de un tamiz purificador. A lo lejos, salta de roca en roca un torrente que, a poco de salvar la montaña, se convierte en arroyuelo de estrecho cauce y limpio fondo. El agua de sierra, transparente y fina, semeja al nacer la cólera de un hombre leal; brota con ímpetu primero, ruge y parece que se va a tragar un mundo después, y luego viene a convertirse en apacible remanso.

Al fondo, entre dos montes, los más elevados, se abre una estrecha garganta; por allí ve el nuevo venero de agua un camino

libre, y por allí se lanza a cumplir su misión fecundadora de los campos. Por la estrecha garganta tiene también acceso la carretera, que lamen las aguas plácidamente.

Este es el paisaje; este el marco que han de animar mis personajes.

Alegres y vozingleras las campanitas de la parroquia daban los últimos toques de misa de alba un domingo del mes de julio de 1872, esparciendo sus voces en el valle. Madrugadores *mutilá* (1) y limpias y garridas *nescachas* (2) dejaban sus blancos caseríos para oír su misita y ver al paso, ellas el garbo de sus amadores, y ellos las dos largas trenzas de sus gentiles amadas.

Allá, cerca de la cúspide de una loma, prendido como nido de águila real, rodeado de verdes encinares, se erguía un viejo caserón, solar de los Zúñigas, con su torre de honor agrietada y descubriendo la trabazón de su mole venerable, donde anidaban palomas y tórtolas en los claros días del estío.

El párroco, sonnoliento, envuelto en sus manteos, por mor del fresquecillo matinal, andaba a paso tardo caminito de la casa de Dios, rezando en su breviario. Cerca ya del atrio, y cuando distraído, ya traspasaba las arcadas de los soportales de la iglesia, salióle al encuentro un avisgado y lindo monaguillo, chicuelo de trece a catorce años, rubio y blanco, en suave amaigama de nieve y espiga de los campos. Acercóse el zagalón al oído del padre, murmurando:

—El señor de Olasar espera en la sacristía.

Cerró el párroco su libro, y dijo:

—Esta bien. Cuida, Peruche, que nadie entre en ella mientras converso con el señor de Olasar.

—Está bien, don Pío.

Don Pío recogió sus manteos, calóse sus gafas y entró decidido, atravesando la iglesia en penumbras. Era don Pío hombre mozo, duro de rostro y seco de cuerpo, con cara rosada, en la que refulgía sus ojos azules, luminosos. Tenía en su andar marciales movimientos, pisando fuerte, con sus gruesos zapatones claveteados. Entró en la sacristía.

(1) Muchachos, mozos.

(2) Mozas, muchachas.

Erguido, apoyado en un arcón donde se guardaban las sacerdotales vestiduras, estaba el anciano prócer, señor de la comarca, esperando impaciente la llegada del párroco. Imponía respeto el caballero, que parecía figura arañada de un tapiz antiguo, por la extraña composición de su tipo, que muy bien podía, vestido de arnés de guerra, recordar la figura de aquel mahadado caballero don Quijote, asombro de propios y extraños. Alto, huesudo, con la cara enjuta, adornada de espléndida perilla y puntiagudos mostachos. Daban fiereza a su rostro, como cuencas de calavera, los oscuros cristales de sus anteojos, tras los que se movían ojos sin luz y sin pestañas. Era ciego el anciano. Además, para dar más simbólica expresión a su rostro, caía sobre su frente, sobre el cuello, cual melena de león, ondulante cabellera gris en desorden.

Su mano diestra descansaba sobre el hombro de un muchachote un sí no es hombrerito, es decir, apuesto zagalón de catorce años, moreno, recio, de graciosa y gentil figurilla. La luz que faltaba de los ojos del anciano, debió aumentar el caudal de los del niño, porque aquel mirar de sus pupilas despedían rayos poderosos.

—Señor de Olasar—exclamó el párroco—, me he retardado.

El caballero, inclinándose, respondió con una voz grave, pausada, augusta y solemne:

—No, don Pío. Es que yo madrugué hoy más de lo conveniente.

—¿Y en qué puedo servir a mi señor y amigo?

—¿Estamos solos, Juanillo?

El muchacho moreno observó en la puerta la carilla curiosuela de Peruche, y respondió:

—Solos no.

—¿Quién está?

—Peruche.

El cura se acercó a la puerta, y aplicó un sopapo al intruso, que se alejó lloriqueando. Luego, cerró la puerta, y se acercó al prócer con su paso marcial.

—Diga, diga mi señor, que ya le escucho. Figúreme, sin embargo, el objeto de su visita.

Sacudió el de Olasar su melena, y exclamó:

—Don Pío, ha llegado el momento.

—Sí, señor.

—Mi hijo Ramón está en la Arrastraria.

—¿Llegó bien?

—Fuerte como un roble.

—¿Y don Manuel?

El viejo se estremeció.

—Don Manuel—murmuró con acento de profunda pena—, don Manuel, aferrado a sus ideas, me abrasa la sangre. Desmiente la sangre que corre por sus venas de caballero cristiano. Por eso vengo, amigo don Pío, para ver si entre todos reducimos a ese loco y le traemos al buen camino.

Don Pío miró al alto, como si quisiera descubrir el cielo tras las bóvedas de la sacristía.

—¡Oh, no tiene remedio!

Golpearon entonces en la puerta de la sacristía con gran escándalo y decisión.

—¿Quién va?—exclamó don Pío con voz fuerte e irritada. Guarden más respeto a la casa de Dios.

—¡Abran, abran!—exclamó desde fuera una voz ruda y seca, imperiosamente.

El prócer se irguió cual alto era.

—¡Es Manuel!—dijo.

Juanillo, sin esperar la orden, corrió a abrir. Dibujóse en el dintel la arrogante figura de un militar, joven y gallardo, ostentando en sus brazos galones de teniente.

Adelantóse con paso rápido y seguro hacia el anciano señor, acariciando al mismo tiempo la negra cabellera de Juanillo, que le acariciaba.

Exclamó, mirando de hito en hito, al sacerdote:

—¿Hasta en la casa de Dios se conspira, padre Pío?

El cura se terció los manteos, y respondió desabrido y violento:

—Poco debe importarte eso, Manuel. Más respeto a las canas de tu padre y a la iglesia de Dios.

—Me dice usted eso, padre Pío, de una manera que todo ese respeto muere en mis labios. Tercia usted los hábitos como manteo de estudiante, y me mira fosco, como si me tragara.

El caballero temblaba de ira. Volvió a agitar su cabeza, sacudiendo su pelambre.

—¡Manuel! ¡Manuel!—exclamó trémulo—. ¿Qué vienes a hacer aquí?

—Vengo a despedirme.

—Está bien; que el Señor te guíe.

El militar hizo sonar sus armas, y replicó:

—¡Es decir, que se me despide sin una frase, sin un abrazo!

Don Juan irguióse en toda su prodigiosa estatura y respondió violentamente:

—Accede a lo que te pido por última vez.

El teniente se estremeció y sus ojos brillaron en la penumbra.

—Padre—repuso con voz trémula—, lo que se me pide es cruel, porque es mi deshonra. Hice juramento a una baidora y no me retractaré nunca. Mis ideas...

El señor de Olasar interrumpió con brusco decir:

—¡Tus ideas! ¿Y cuáles son tus ideas, insensato?

—Ideas de paz, de libertad, de progreso. Yo no quiero vivir en el terruño amasando, a costa de frentes esclavas, el sudor de mi frente. Yo quiero libre al hombre e igual al hermano.

—¡Y reniegas de tu sangre, hijo de Olasar!—exclamó el caballero—. ¿Quieres que tu padre te mire siquiera a la cara, apóstata?

Intervino el señor cura:

—¡Ay, Manolito, hijo mío! En verdad que por el amor de Cristo no hiciste nada. ¿Has olvidado ya aque las lecciones dadas por este humilde servidor al pie de aquella ventana que mira los montes, donde yo te enseñé murió tu santo abuelo defendiendo la religión de los mayores de tu casa? ¿No recuerdas las cinco cicatrices que acusan en el cuerpo de tu padre el innato valor, el heroísmo de su sangre cristiana? Bien pequeño visitaste tú a aquel noble y joven caballero, a quien llamaste Rey y Señor, al augusto Carlos Luis de Montemolín, padre de nuestro Rey Carlos VII.

—De vuestro Rey—interrumpió el oficial.

—Del Rey de España, hijo mío—dijo el cura.

—De tu señor—exclamó con acritud don Juan Manuel.

—Está bien, no discutamos. Yo no acepto por señor a quien trae por cortejo Inquisición, monjas y frailes.

El cura se santiguó y levantó después sus manos al cielo.

Don Juan Manuel lanzó una exclamación de ira.

—¡Oh, Dios mío! ¡Perdonadle, no sabe lo que se dice!—exclamó el cura.

—Reniego de ti, hijo espurio!—gritó el prócer sacudiendo sus melenas con aquel movimiento peculiar que hacía parecer su rostro de salvaje hermosura.

El oficial se volvió iracundo hacia el sacerdote.

—Me parece, don Pío—dijo—, que me voy hartando de injurias. Todas las fuerzas de la tierra juntas no han de bastar para apartarme del camino que me he trazado. No me obligue, padre mío, a faltar a mis deberes de hijo y de cristiano; porque yo soy también cristiano, señor cura; pero menos loco, menos fanático que...

—¿Que quién?

—Que mi hermano, por ejemplo.

El caballero alzó la voz exclamando:

—¡Qué más quisieras tú que parecerte a tu hermano! ¡El, la bendición de Dios, el espejo del honor, el asombro de propios y extraños! Ya quisieras tú parecerte a él aunque no fuera más que en la hermosura de su pensamiento.

—Le lanzan ustedes, padre mío, por un camino muy cruel, por un precipicio, en un torrente. Les anuncio que, si frente a frente nos vemos, mía no será la culpa, pero de ustedes el castigo, sí. No retrocederé nunca; jamás flaquearé en mi propósito. Mi hermano, ante mi Patria, no es un hermano. Hacéis objeto de vuestras ambiciones al pobre muchacho, que no ha salido jamás de estas montañas y no ha visto más mundo. Creció en fanáticas creencias entre usted, padre mío, más loco que culpable, y entre usted, don Pío, hijo del Dios del Sinaí, no discípulo de Cristo. Usted, padre, sacerdote del honor, jayán de una fragua donde quiere hacer hombres a su capricho, y usted, cura, ambicioso, poco amante de la divina doctrina del amor.

Los dos carlistas interrumpieron:

—¡El honor huyó de España!

—¡La religión está escarnecida!

—¡El Trono deshecho!

—La Patria llama a Carlos VII!

El oficial tomó su sable, y exclamó con ira:

—¡Basta!

—¡Me impones tu voluntad, hijo!

—¡Me amenazas, hermano en Jesús!

El oficial acarició las frescas mejillas de Juanillo, diciendo:

—¡Por esta tierna alma lo siento, señores!

—¿Por ésta?

—Si, por ésta. Niño tierno y dócil; alma bella, toda bondad y toda divina ternura, que le vais a arrojar también en crueles aventuras...

El caballero de Olasar exclamó, buscando con el tacto la figura de Juanito:

—¡Voluntario de Carlos VII serás! ¡Si no hay para él un fusil, habrá una corneta!

Manuel replicó con ironía:

—¡Bien aumentará esto vuestro orgullo! ¡Corneta el hijo de tantos abuelos gloriosos!

El cura repuso:

—En la legión de Cristo ser el último es ser el primero.

El oficial sonrió.

—Está bien. Esta noche abandonaré este pueblo.

Cubrió de besos el rostro del muchacho, a tiempo que le decía:

—¡Juanito, Juanito, tú también aumentarás el incendio! ¿Te gusta la vida militar?

El muchacho, que hasta entonces no había hablado, respondió dulcemente, con una voz suave, timbrada como una flauta:

—¡Me gusta correr en los campos, los pájaros y las flores, Manuel!

—Pero, ¿y la sangre, no te gusta la sangre humeante, la sangre vertida, la muerte cerrando unos ojos? ¡Oh, qué bello espectáculo! Ya verás, ya verás estas montañas queridas, cubiertas de cuerpos, visitadas de buitres y grajos!...

¡Oh, la guerra!

El niño replicó:

—Yo no quiero la guerra.

El señor de Olasar tomó violentamente al niño, atrayéndole hacia sí.

—¡Tú harás lo que te mande el jefe, voluntario del Rey!

Manuel saludó ligeramente al cura.

—¡Hasta luego!

Y salió.

El caballero entonces prorrumpló en voces descompasadas:

—¡Ya lo ves, Pío, ministro de Dios! ¡Todos mis esfuerzos son inútiles!

—Es un loco, viejo y noble amigo.

—Nacido en estas montañas, reniega de ellas.

—¡Dios le ilumine!

—Te juro, Pío, que le he de arrojar esta noche de la casa de mis abuelos si persiste en sus ideas.

El cura movió su cabeza tristemente.

—Todo será inútil—exclamó.

El de Olasar dijo entonces:

—¿Y si los dos hermanos se encuentran en el campo de batalla?

—No habrá tiempo.

—¿Está a punto todo, cura?

—Esta noche llegan las armas. Detengan hasta mañana al republicano, que caerá prisionero de los voluntarios de la Religión.

—¡De su propio hermano! ¡Oh, Dios mío! Juanito, dulce y grave, asistía a esta conversación sin desplegar sus labios. Ayudó al sacerdote a revestirse, y en sus ojos de vez en cuando brillaba una lágrima, que surcaba su tez morena, bajando silenciosa.

Peruche entró.

—Ahí está el señor don Ramón de Olasar—dijo.

—¡Que pase!

Entró en la sacristía un bravo y gentil mancebo, que traía en sus labios una sonrisa. Cuerpo robusto el suyo. Parecíase en un todo a aquellos antiguos infanzones que partían a Flandes en busca de aventuras. En su porte señorial había líneas duras y marciales arrogancias. En la mano oprimía una boina roja.

Saludó gravemente a los dos señores, y besó después sus manos con recogimiento religioso.

—¿Qué hay, hijo?—preguntó el noble.

—Buenas noticias, padre.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

—¿Y las armas?

—En camino.

El cura le abrazó.

—¡Bravo, mozo!—dijo entusiasmado—.

¡Un buen defensor de la Patria!

El caballero dijo irónicamente:

—¡Como su hermano!

El joven se puso triste.

—¡Pobre Manuel!—murmuró.

El de Olasar interrumpió bruscamente:

—¿Es compasión lo que sientes por él?

—Es cariño—dijo el mancebo.

Sonaron las campanas sus alegres voces con el último repiquete.

El cura tomó el cáliz, y salió precedido de Juanito.

Don Juan se apoyó en el brazo de su hijo, y se dirigieron a la iglesia.

—Ramón—le dijo el caballero—. Tu hermano está dejado de la mano de Dios.

El mancebo preguntó:

—¿Y qué quiere que haga yo, padre?

El león de Olasar sacudió su melena con ademán terrible.

—¡Mi honor es primero que mis hijos!— exclamó—. ¡La gran familia es lo primero! Manuel es una mala rama en este árbol secular.

Ramón bajó la cabeza, murmurando:

—¿Seré yo el podador?

II

Los hermanos.

Pausadamente el militar salió de la parroquia, y púsose a pasear a lo largo del atrio, apurando un cigarrillo, que a veces mascaba en su punta con un ímpetu de ira. Su hermosa cabeza, erguida siempre, inclinábase ahora sobre la tierra con movimientos constantes. Hablaba consigo mismo, porque una tempestad violenta fraguaba el rayo en su cerebro.

Apareció Peruchito en la arcada, parándose al observar el ir y venir agitado del hijo segundo de Olasar. Este, al verle, dijo:

—Peruchillo.

El muchacho se acercó a él.

El militar sacó una petaca de cuero, y de ella un cigarro que ofreció al muchachuelo, diciéndole:

—Tú también eres hombre, ¿verdad?

El chico sonrió; pero dudó en admitir el obsequio. Manuel volvió a sonreír, insistiendo:

—Vamos, Peruche, echa humo, que ya tienes sombra de bigote, y a mí me gustan los hombres que huelen a tabaco.

Peruchillo tomó el cigarro, y lo encendió en la lumbre que le ofrecía el oficial.

Manuel apoyó familiarmente su mano sobre el hombro del muchacho, y le dijo como si se tratase de un camarada de su regimiento:

—Bien; Peruche, bien. ¿Cuántas armas tenéis en el presbiterio?

El chiquillo le miró asombrado.

—Ninguna—respondió.

—¿Ninguna? Yo he visto asomar en las arcas de la sacristía una hermosa bayoneta que brillaba como si estuviera recién bruñida. Me parece que no será de juguete y

para darte tú alres de militar, que eso no está bien.

Peruche se encogió de hombros.

Friamente respondió:

—No entiendo.

Manuel rió y le dió golpecitos afectuosos en la espalda.

—¿Vas a mentir como un viejo, muchacho?—exclamó. Conviene que me lo digas a mí, Peruchillo, que si no verás cómo vienen las tropas y te muelen a palos.

—No entiendo—repuso el chicuelo con esa expresión socarrona e inocente tan típica en los caseros vizcaínos, que cierran su inteligencia cuando les conviene, como un marisco su concha.

Manuel quedósele mirando con sus ojos profundos.

—¿Es decir que no hay fusiles en la iglesia?

—¿Fusiles? No, no hay fusiles.

—Pero vendrán, ¿no es eso?

—No sé nada.

El militar arrojó con violencia su cigarro.

—Está bien—exclamó—. ¡Sois iguales todos! El alma del carlismo está en todos vosotros. En estos aires se respira la idea, en el ambiente flota el nombre de Carlos VII como un eco de guerra. Pues mira, Peruchillo, ya que eso no me lo dices, me vas a hacer otro favor.

—Diga usted, don Manuel.

—Di a mi hermano Ramón, sin que nadie se entere, que estoy aquí yo. Le vi, al salir, orando en el presbiterio...

—Al instante.

Peruchillo entró en la parroquia y se deslizó hasta llegar al presbiterio, donde aún estaba el mayorazgo de los Olasar, hincado en blando cojín de terciopelo. Sonaba entonces la campanilla en manos de Juanito, y el Dios del amor iba a aparecer en manos del sacerdote. Peruchillo, arrastrándose de rodillas, llegó hasta el hijo del viejo señor.

—Señor don Ramón—le dijo el muchacho muy bajito—, ahí fuera está su hermano...

El mayorazgo se volvió impetuosamente.

—¡Calla ahora! ¿No ves que van alzar?

Peruchillo guardó silencio y se acurrucó en un rincón. Sus ojos escudriñaron toda la iglesia, que aún no bastaban a alumbrar las candelas de los altares, y fueron a detenerse en el caballero de Olasar, que abandonaba

su sillón para postrarse de hinojos ante el cordero de Dios. Su frente hidalga se inclinaba al suelo y su densa melena caía sobre la espalda y formaba una aureola gris.

En la entrada, haciendo sonar el sable, apareció la silueta del militar, que se arrodilló también devotamente. Ramón volvió la cabeza y las miradas de los dos hermanos se cruzaron. El primogénito hizo un gesto y se levantó, atravesando la iglesia sin volver atrás las espaldas. Manuel había vuelto al atrio.

—Hermano—exclamó Ramón con agrio acento—; pudiste dejarme acabar la misa.

El militar movió su cabeza tristemente. Después dijo:

—El tiempo vuela, hermano; esta entrevista contigo no puede ser más que ahora.

El mayorazgo, con ligero desdén, dijo:

—Bueno; habla.

Manuel le tendió un brazo, y con él le rodeó la cintura.

—Hermano mío—le dijo con dulce entonación, en la que brillaba la ternura de un alma delicadísima—. Hermano, ¿te acuerdas de aquellos días de la infancia, felices y tranquilos? ¿Qué nos separó en aquellas horas? ¡Nada! Para mí has sido tú el oráculo, la voluntad, el pensamiento. Te respeté como a mayor y si no he seguido tu destino en la tierra, fué por seguir las máximas paternales, en las que siempre fué constante objeto que abrazara yo la carrera de las armas porque tú te habías de llevar la herencia de los mayores, y a mí se me reservaban sólo las caricias y promesas. De nada me quejo, Ramón; esas son ideas de padre, que vive en otro siglo.

—Mejor que éste—interrumpió el heredero—; mejor que éste de disolución y libertinaje.

—Bueno, hermano—dijo el militar dulcemente—; esas son opiniones.

Ramón golpeó con su pie el suelo, impaciente y violento.

—¡Al grano! ¿Qué es lo que quieres?

—Un ruego.

—Veamos.

—¡Quiero tu dicha, tu tranquilidad!

—Pido yo eso a Dios...

—Está en tu mano.

—¿Y cómo?

—Esta tierra se va a ensangrentar dentro de poco, con sangre española. El fantasma de la guerra tiende sus fatídicas alas de

nuevo, y se avecinan días de horrores, noches de luto... D. Carlos...

—El Rey...

—No, tu Rey.

—Y el tuyo.

—No.

—A tu pesar.

—Mi Rey es España. No tengo más bandera que la de la Patria y la de mi honor...

—Tu honor, mancillado...

—Mi honor, limpio como el sol mismo.

—Sirves a la causa infame.

—Sirvo a la Patria...

—Estás condenado...

—¡Oh, ilusos y fanáticos! ¡Vosotros sí que estáis condenados a la perdición! En fin, no es para discutir ideas para lo que te he llamado. Es un llamamiento de ternura el mío. Esta noche parto, parto para volver a estas tierras sosteniendo una bandera, la bandera de la libertad.

Ramón se tapó el rostro con las manos y exclamó con acento de horror, como si hubiera escuchado una horrible blasfemia:

—¡Oh, la libertad! ¡Oh, la libertad!

Manuel le dijo dulce y persuasivo:

—¡Ramón, Ramón, por última vez, no hagas que nos veamos frente a frente, que nuestra sangre de hermanos se mezcle en un mismo combate.

Ramón repuso con infinito desdén:

—Si se mezcla tuya es la culpa.

—Es decir, que tú estás dispuesto a todo.

—¡A todo!

—¿Y qué es todo?

—A impedir que te unas al ejército traidor, al ejército infame, al ejército de Satanás.

—¡Ramón!

—Como lo oyes. Esta noche lo verás por tus ojos.

—¡Me amenazas!

—Te advierto.

—Eres generoso.

—Soy caballero.

—¿Y tanto puede en ti la idea loca, la idea fatal, el amor a un hombre ambicioso, que hagas traición a tu propio hermano?

—No será traición.

—¿Qué será entonces?

—Castigo.

—¡Castigo! ¿Y dónde está tu autoridad?

Ramón sacó un pliego.

—Lee, Manuel.

—¡Un nombramiento!—dijo el segundo, riendo a carcajadas—. ¡Te nombra coronel!

El mayorazgo palideció de ira.

—¿De qué te ríes, hermano?

—De ti, de tu Rey y de tus galones.

Ramón irguió su estatura prodigiosa, y convulso de ira, gritó:

—¡De mí, de mí Rey! ¡Tú estás maldito, hermano!

Y se dirigió a la iglesia trémulo.

—Oye, oye, hermano.

—Déjame. Esta noche te reirás mejor.

A tiempo que desaparecía en la penumbra de la parroquia, añadió:

—¡Mira la vieja encina del valle, Manuel! ¡Herido por la carcoma tiene su hermoso brazo, el que nos cobijaba! ¡Un día vendrá el leñador y lo podará!

Manuel corrió hacia el mayorazgo, exclamando:

—¡Ramón, eso es una amenaza! ¡Ramón, eso es una amenaza!

Ramón se volvió en la gradilla de la puerta, magnífico, augusto, solemne:

—¡No es una amenaza, es una advertencia!

Y desapareció.

Manuel quedó solo; encendió otro nuevo cigarrillo y se puso a medir el atrio a grandes pasos, repitiendo:

—¡Es una amenaza! ¡Es una amenaza!

Oyó una voz dulce que le hablaba.

—¡Manolito!

Se volvió. Ante él, sonriéndole, estaba Juanillo, el hermoso Juanillo. Manuel le atrajo hacia sí y le besó en la frente.

—¿Que quieres, pequeño?

El muchacho tomó un aire de misterio, y le dijo al oído:

—Huye, hermano.

El militar le miró en los ojos con los suyos penetrantes, preguntando:

—¿Por qué?

El niño respondió:

—Porque peligras.

—¿Qué sabes?

—Esta noche se va Ramón, hermano; esta noche vienen las armas. Ramón te detendrá prisionero.

Manuel lanzó una exclamación de cólera.

—¡Está bien!

En la puerta apareció Peruchito, diciendo al pequeño de Olasar.

—Señoría, su padre le llama.

Juanillo dió un beso precipitado al oficial y corrió a la parroquia.

En este instante salían don Juan, Ramón y el cura. Juanillo tomó la mano del ciego y emprendieron la vuelta al viejo solar de la gran familia. Manuel les siguió. Al sentir el ruido de sus pasos, el viejísimo caballero volvió la cabeza y se detuvo.

—¿Es ese Manuel?

—Sí—respondió el cura.

El caballero llamó en alta voz:

—Hijo.

El militar se acercó entonces.

Don Juan Manuel le tendió una mano.

—¡Acércate!

—Ya estoy, padre.

Ramón le miraba hosco y rencoroso con sus hermosas pupilas preñadas de rayos.

El viejo ilustre le dijo:

—¿Asistes esta tarde al consejo de familia?

—Si usted lo manda...

—Se te va a juzgar, hijo mío. Tu honor lo demanda.

El militar replicó:

—Mi honor está más alto.

—Está bien; pero no quiero proceder sin consejo...

El militar preguntó irónicamente:

—¿No basta el del buen don Pío?

El cura sufrió el lanzazo y replicó:

—Es demasiado humilde.

Manuel le miró sonriendo.

Don Pío bajó al suelo sus ojos mausamente.

—¡Pobre descarriado!—murmuró.

Manuel no pudo contener un movimiento de ira.

—¡Tiemblas, hijo!—exclamó el anciano caballero que oprimía la mano del militar.

—¡No tiemblo, padre!—respondió . ¡No tiemblo!

En este instante llegaban al caserón de la familia, sombrío como el augusto señor que le habitaba. En su puerta principal, tallada en piedra, se destacaba la venera de la gran estirpe en los trazos medio borrosos de la heráldica figura. Y allá, encima del escudo, en ancha cinta de granito, estas palabras daban idea del espíritu de los viejos señores:

¡Morir; es bello morir si por Dios y el Rey se muere!

Manuel y don Juan entraron los primeros, conducido éste último por el lindo Juanillo.

El cura y Ramón seguían detrás.

—¿A qué hora?—preguntó el mayorazgo en voz baja.

—¡A las diez!—respondió el cura en el mismo tono.

—¿Todo está?

Del fondo del ancho portalón se destacó una forma humana, diciendo:

—Aquí estoy, pues.

Era un enjuto aldeano, rubio y de anguloso rostro, que miraba con unos ojuelos azules, de un azul pálido y fosforescente.

Ramón apoyó una de sus manos sobre el hombro del labriego, y le dijo:

—Vas al caserío de Lersundi y le dices de mi parte: "A las diez, los haces de leña", ¿entiendes?



salió con la chaqueta al hombro y un enorme paraguas.

—Todo

—El señor gué nuestro brazo.

Hubo algunos instantes de silencio.

—¿Son muchos los comprometidos?—preguntó el mayorazgo.

—Cuento con cerca de trescientos hombres—respondió el cura.

El joven le estrechó una mano con afectuoso ademán.

—¿Con quién va usted a avisar al tío Lersundi?—preguntó el sacerdote.

—Ahora verá.

Ramón juntó sus manos en forma de bocina y silbó.

—Sí, señor, pues.

—No te retrases ni hables con nadie en el camino.

—No hablaré, pues.

El labriego entró en la casa con su andar desmadejado, y a poco salió con la chaqueta al hombro y un enorme paraguas a la espalda. Alla, al fondo del valle, entre los riscos, adonde ascendía un blanco camino, como nido de águilas prendido en los breñales, destacaba sus albos muros un caserío. A él puso la derrota el aldeano, saltando de risco en risco, como un gato montés.

—No hay nadie como el bravo Andía

para estos avisos; nadie vuela como él sobre las peñas—dijo Ramón viendo el prodigioso saltar del mensajero, y su paso ágil y seguro entre las quebraduras de la serranía.

—¡Es un lobo!—exclamó el cura.

Desde lo alto de la escalinata que arrancaba del fondo del zaguán, sonó la voz de don Juan Manuel que llamaba:

—¡Hijo!

Ramón se volvió al cura, diciéndole:

—Subamos.

—Empezaron a ascender los escalones mientras el cura murmuraba al oído del mayorazgo:

—¡Hay tormenta en la voz de su padre!

Ramón declaró triste y amargamente:

—¡Mi hermano es el viento que la trae!

Don Pío preguntó:

—Pero, ¿está loco ese muchacho?

—¡Son aires de ciudad, buen amigo! Si mi hermano hubiera habitado, como yo, estas montañas, guardaría más cariño a la sombra de sus mayores.

Don Juan volvió a repetir:

—Hijo, ¿no subes?

Llegaron a él los dos amigos, y condujeron al señor de Olasar a través de los viejos y desmantelados salones del palacio, que atestiguaban una grandeza caída, una gloriosa ruina, una sombra de orgullo y opulencia.

III

La maldición.

España, en este tiempo, atravesaba terribles circunstancias.

La nave del Estado, sin gobierno, era constantemente combatida por toda clase de pasiones, y el miedo y la ambición habían sustituido al patriotismo y al orden.

A los primeros disparos de la guerra civil había sucedido el convenio de Amorebieta; pero en Cataluña continuaba latente el fuego, con las audacias de los jefes carlistas del Principado.

Pero antes digamos unas breves palabras, necesarias para la aclaración de esta historia, que son las siguientes:

Triunfante la Revolución de septiembre

de 1868, después de un período constituyente, las Cortes españolas, por ciento noventa y un votos habían designado para ocupar el Solio de San Fernando a Don Amadeo de Saboya. Esta designación, forzoso es decirlo, no fué del agrado del pueblo español, ni el aura de la simpatía rodeó en los primeros instantes al nuevo Monarca. Los unos ansiaban la República, los otros fijaban su vista en Don Carlos, nieto de Carlos María Isidro, hermano de Fernando VII, y sobrino, por consiguiente, de la destronada Reina de los tristes destinos. Ya había probado este príncipe fortuna en la intentona que terminó en Amorebieta; pero fáciles después los medios, encendido el bélico ardor del viejo partido tradicionalista, no dudó el entonces joven Don Carlos, en lanzarse en nuevas aventuras, después de infinitos cabildos con los primates del partido para allegar recursos. Desde Vera, el 2 de mayo del año arriba expresado, dirigió a los españoles un llamamiento, que fué la tea que prendió la hoguera de la guerra civil.

No ha habido jamás partido en España más tenaz, ni otro más que él ha llenado páginas en la Historia escritas con más sangre. Aún en las provincias vascas late la llama, aunque oculta en la ceniza de los tiempos. Siempre son interesantes los mantenedores de la vieja idea, que encierran grandes bellezas en sus almas, siquiera sea la belleza de su valor, envuelta entre otras bajas pasiones. Grandezas y miserias se encerrarán en estas páginas, como iremos viendo, sin inclinar la balanza, manteniéndonos siempre dentro de la índole del libro ameno y popular.

Muchos, millares de españoles que no veían la salvación en los hombres que no cumplían sus ofrecimientos, que veían el caos y el laberinto de los negocios públicos, el poco tacto de los Gobiernos constituyentes que, sin preparación y de un solo golpe querían cercenar tradiciones demasiado arraigadas, cosas venerandas y rancias costumbres, no producían más que descontentos en todos los ámbitos de la Península, y se fijaban en la figura de un hombre que les prometía asegurar la paz, respetar las tradiciones y desplegar una bandera. Agrupáronse a su sombra hombres de corazón, hombres de buena fe, entre los cuales, es claro, medraban también pasiones ruines, porque al fin, humanos, no podían menos de

participar de todas las miserias de sus semejantes.

Pero ya que hagamos historia no filosofemos. No es ésta obra didáctica, y por tanto, sólo a nosotros cumple la relación episódica de hermosos hechos, de bajas ruindades, llevadas a cabo por los dos bandos, el uno fuerte, con ideales, con bandera, y el otro desmayado, sin rumbo, sin saber apenas por qué ni por quién combatía.

Decimos que tras el convenio de Amorebieta pareció nacer otra nueva era de paz; pero nada más lejos de la realidad fué esta bella esperanza. Cataluña, ya lo dijimos, no deponía sus ardores, y en las Vascongadas, en Vizcaya sobre todo, el fuego continuaba, pero oculto, hasta la noche de diciembre de 1872, época en que empiezan a narrarse estos episodios de la hermosa historia de la guerra civil.

Existieron hombres crueles, hombres miserables, dignos sucesores de los antiguos *caballistas* de Andalucía, como el célebre cura Santa Cruz, que fué arrojado del partido por el mismo Pretendiente a la Corona, don Carlos de Borbón. Tanto encono se puso contra él, que el jefe del partido ordenó que el clérigo fuese pasado por las armas dondequiera que se le encontrase.

¡Oh! Todas las guerras civiles, esas guerras que han desgarrado las entrañas de la Patria, que han roto miles de corazones, que han sembrado el suelo español de cadáveres de hermanos, esas guerras han nacido al calor, al fuego extraordinario de la raza, soñadora y poética de la raza aventurera. Vieron en don Carlos, o creyeron ver, un príncipe hidalgo y decidido, una sombra de aquel Carlos de Gante, de aquel Felipe de Austria, de aquellas figuras de la España antigua, capaz de pasear el pendón hispano de confín a confín del mundo, y, enamorados y creyentes, se lanzaron a la bella aventura de las Cruzadas, porque cruzados de la causa se llamaban a sí mismos los tradicionalistas de acción. Ocho siglos de reconquista dejaron su levadura, su semilla, su huella, y hubo pechos que se enardecieron; cerebros que soñaron en un Rey llevado al Trono tras gloriosa epopeya, en un Rey justo, en un Rey sabio, en un Rey valeroso, como le pintaban las plumas de sus más entusiastas defensores. El tiempo, gran descubridor de verdades, puede haber demostrado otra cosa, puede haber señalado otras cualida-

des en el Pretendiente, pero es el caso que aquellos hombres de buena fe soñaban. No todos, se entiende, que también entre los partidarios de las libertades han medrado hombres que sólo a sus ambiciones personales atendían.

Pero sigamos el curso de nuestra historia.

En su despacho, despacho de cazador, de guerrero, de cruzado, de prócer, donde junto a las armas terribles que empuñaron legendarios personajes de la gran familia, destacaban sus alegres tonos las armas venatorias, sirviendo en panoplias de trofeo, de guardia de honor a la roja venera del blasón inmortal, el descendiente de tantos hidalgos de nombradía, de tantos sombríos personajes que extendieron por el mundo la fe de Cristo y el poder de la Patria, se paseaba erguido, seguro, como si a sus ojos hubiera vuelto la luz que los animó en los años juveniles, midiendo la cámara a paso de león.

Cerca de la ventana, mirando el bello y soberbio paisaje, bañados en sol los cabellos, en los que formaba brillante aureola, juntos los rostros, estaban Juanillo, el lindo retoño de don Juan Manuel, y su primita Alicia, gozándose en la contemplación de la puesta solar. Era Alicia graciosa rubia de diez y seis abries, blanca como la nieve de los montes, nieve entre la que brotaba el rubio de mies de su graciosa cabecita, prendida de lazos azules. Charlaban los muchachos.

El viejo hidalgo se acercó al grupo, y dijo:

—¡Juan!

Volvióse el pequeño rápidamente.

—¡Padre!

Don Juan colocó bien sus quevedos, como si viera a través de sus cristales y ordenó:

—Llama a tu hermano, llama a tu madre.

El menor de los Olasar se acercó a su padre, y le dijo con su voccecita melosa:

—Padre, quiero pedirte un favor.

El viejo, sentándose en un amplio sillón blasonado con su escudo, dijo:

—Pide.

El niño, temeroso, con miedo más bien que con respeto filial, murmuró:

—El padre de Peruchito se está muriendo.

—Y bien, ¿qué quieres?

—¡Pobre Peruchito!—volvió a murmurar el niño—. ¿Quiere usted que vayamos a verle?

—Luego—declaró don Juan—. Bien vale el buen servidor una visita de su señor en el trance de la muerte.

El pequeño salió corriendo, lleno de alegría.

—Alicia—llamó el caballero.

La joven se acercó.

—Tú has de quedarte, hija mía.

La joven bajó los ojos y preguntó:

—Tío, ¿estás triste?

—Dolores del alma—declaró el viejo hidalgo—, y tú tienes gran parte.

—¿Yo?

—Sí, Alicia, sí. Si fuerte y valerosa no te pones de parte de quienes te dieron amor y acobijo, bien puedes decir que eres una ingrata. ¿No sabes que el hijo de mi vida, el encanto de mis sentimientos paternos, abandona a sus viejos amores, sus hermosas creencias y nos hace la guerra? Tú tienes influjo sobre él, Alicia; Manuel se precipita en su abismo, y nos hace traición. Manuel, hija mía, desmiente su sangre. Manuel se pronuncia por la causa revolucionaria, y se une a los que degollaron a los frailes, a los que destronaron a Isabel II, a las huestes del infierno.

—¡Oh!—exclamó Alicia—. ¿Y qué puedo hacer yo?

Don Juan repitió alzando la voz:

—¿Qué puedes hacer tú? ¿Lo preguntas? ¿No amas a Manuel? ¿No te adora a ti él? ¡Háblale tú, muéstrate como dama de tu alcurnia y atráele. Amenázale, si es necesario, con el rompimiento de tus compromisos.

La niña, humildemente, pero con voz entera, respondió:

—¡Oh, tío! Eso no. Yo, de todas maneras, le quiero. ¿Qué sé yo de sus ideas y sus cosas?

—¡Cómo!—gritó el hidalgo exasperándose y golpeando con los puños el brazo de su sillón—. ¿Tú también te rebelas? ¿Tú también pones tu grano de arena a la obra de la traición? ¿Qué clase de seres son estos que me rodean? ¿De qué barro se han formado? ¿Es que todos os empeñáis en manchar mi blasón, en derrocar mi honor? ¡Oh, estos aires de libertad os envenena, os mata el alma!

Abrióse la puerta de la cámara y entraron Manuel y Ramón, precedidos del lindo Juan

y la noble señora de Olasar, grave y aristocrática dama, de aspecto dulce y melancólico. El caballero dijo:

—¿Todos estáis, verdad?

—Sí—respondió Manuel.

—Sentaos.

Imponía respeto y miedo el viejo prócer, y en su semblante, serio y augusto, había algo de solemne, y en su voz ecos sombríos de tempestad. Incorporóse sobre su asiento y exclamó:

—Juan, ven aquí.

Acercóse el muchacho tímidamente.

—¡Padre!..

El señor de Olasar palpó la mano del niño y le ordenó:

—¿Están aún los viejos retratos de mis abuelos?

Y señalaba a la pared.

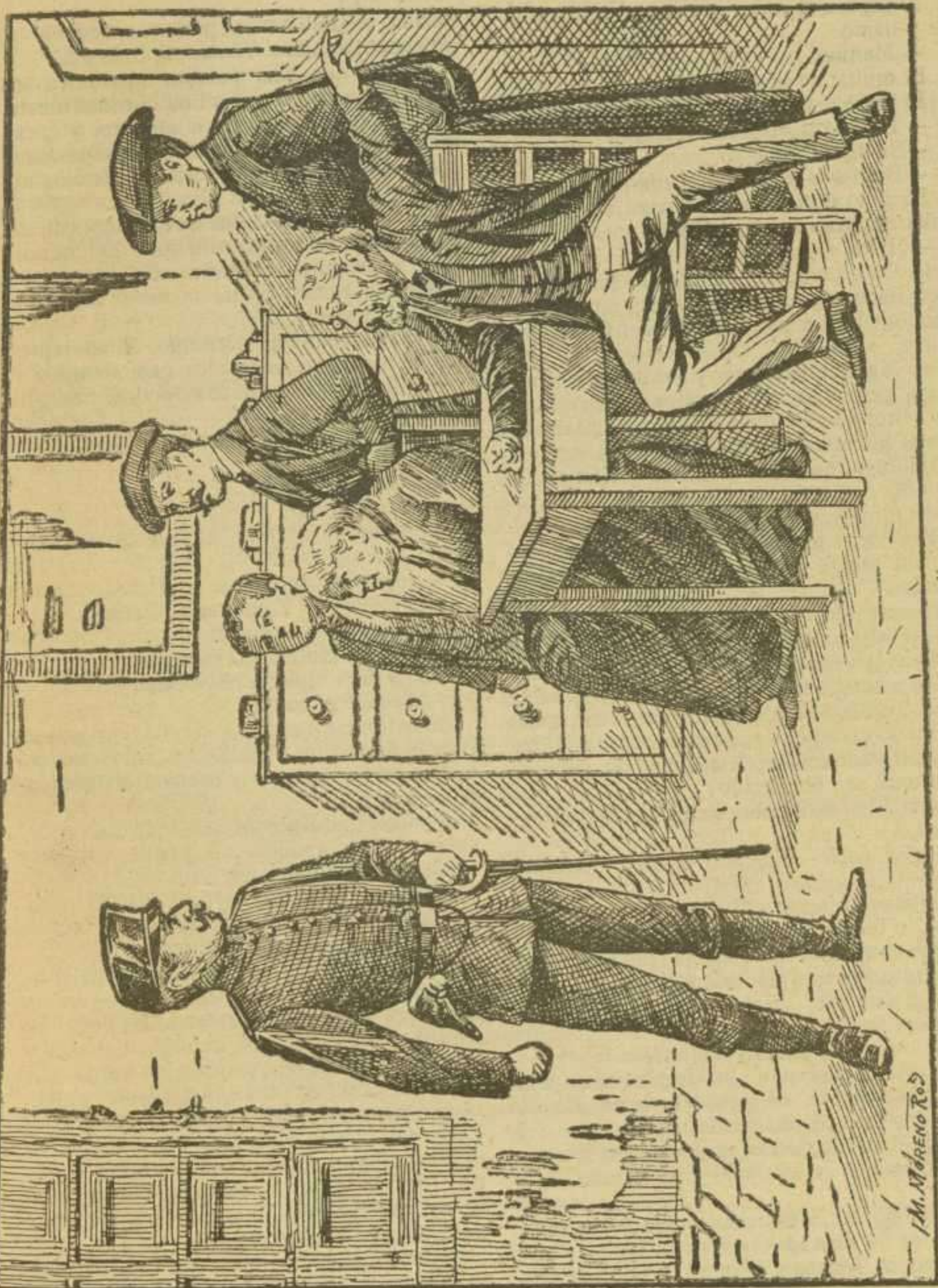
—Sí, señor.

En efecto, pendían en sus marcos dorados en los testeros de la cámara, los retratos de nobles y augustos personajes, abuelos ilustres de la gran familia, desde los remotos tiempos de la Reconquista, con sus trajes de colorines unos, como cumplidos cortesanos revestidos otros de la pompa y grandeza de los conquistadores.

El viejo hidalgo se puso en pie, y su mano huesuda fué señalándolos, uno por uno, mientras decía:

—Ahí tenéis, no los veo, pero los presiento, los gloriosos fundadores de la familia, desde las Cruzadas hasta nuestros días. Ahí está Godofredo de Olasar, muerto en la conquista de Tierra Santa, por amor a la Religión; ahí está Carlos de Olasar, el gran inquisidor, que salvó su alma limpiando de herejes a Castilla; frente a frente se yergue la figura llena de majestad de mi abuelo Raimundo, muerto en los campos de Aragón en defensa de su Rey; ahí también, grande y sublime, Felipe de Olasar nos atestigua su valor y su heroísmo contra las Comunidades de Castilla... Cantadlos todos, vedlos todos; desde el primero al último, defensores de su Rey y de su Patria, prefirieron la muerte y la desgracia a apartarse del camino trazado por su honor y su hidalguía... También estoy yo, el más indigno, ciego en mis mocedades por la bala de un traidor, al lado de Zumalacárregui... Ahí pensé colocar los retratos de mis hijos, un día, el día en que vinieron al mundo.

La voz de Olasar tuvo un sollozo.



M. MORENO ROD

¡Vete, Manuel!

Enjugóse el sudor que corría por su frente y llamó.

—¡Manuell

El militar se levantó.

El viejo le tomó una mano y preguntó:

—Tu retrato ¿está también ahí?

—Sí, padre, está.

—Bien está y en buena compañía.

Sacudió don Juan su cabeza con su peculiar movimiento, y habló:

—¿Falta alguno de los míos? No, ya lo veis. Os he reunido, amados de mi corazón, para hacer en vuestra presencia un supremo llamamiento a un alma descarriada. Ante todos, ante Dios, como testigos, yo, don Juan Manuel de Olasar y Hurtado de Amézaga, general de los ejércitos del Rey nuestro señor don Carlos VII, imposibilitado de tomar las armas por dolencia física, ofrezco a mi hijo Manuel de Olasar y Zúñiga, en nombre de S. M., un nombramiento de coronel, que le será en el acto conferido.

Y al decir esto sacaba, con mano temblorosa, un pliego de papel del fondo de su bolsillo.

Manuel, dulcemente, dijo:

—¡Podía usted, padre mío, haber ahorrado el presenciar esta escena a mi buena y dulce madre, a mi tierna prometida, y, sobre todo, a mi hermanito Juan, que puede tomar de mí el ejemplo de contradecir unas órdenes del padre, siempre respetable, siempre digno de ser obedecido.

Don Juan arrugó el pliego con mano convulsa.

—¿Es decir —masculló—, que lo rechazas?

Calmoso y sereno Manuel replicó:

—Yo tengo un nombramiento del Gobierno constituido de España, que colma mis aspiraciones, mis afanes... Mis ideas.

—¿Tus ideas? ¿Y cuáles son tus ideas, desventurado?

El joven respondió sin alterarse:

—¿Mis ideas? ¡Oh, bellas y amadas para mí! Ideas de paz, de igualdad, de amor a los hombres, sin distinción de razas...

Don Juan se golpeó la frente con los puños cerrados, y exclamó con acento sibilante:

—¿Y no ves, desdichado, que los mantenedores de esas ideas asesinan frailes, destrozan los Tronos y arrancan a Dios de sus altares?

—Malos son los hombres del presente—

declaró el militar —; pero el porvenir se presenta lisonjero. Yo amo la libertad.

Pareció que esta palabra sonaba en los oídos del hidalgo como una horrible blasfemia, porque se alzó cuan alto era, y encarándose con los retratos de los antepasados, como si a las cuecas vacías de sus ojos hubiera vuelto la luz, les dijo:

—¿Calláis, potestades que fueron; calláis, jerarcas de la tierra, príncipes del honor? ¿Qué hace ahora vuestro nieto?

Manuel, tomando una mano de su padre, dijo dulcemente:

—Nada te dirán, padre mío. Ellos representan algo que ha muerto para siempre.

El caballero le rechazó con violencia, gritando:

—¡No ha muerto mientras viva yo!

Y añadió:

—¡Manuel, elige!

—Está elegido.

—¿No eres mi hijo, sangre de mi sangre?

—Soy hijo también de mi Patria.

—¡Tu Patria! ¿Y cuál es tu Patria?

—El mundo entero.

Don Juan replicó exasperado:

—¿Es decir que no hay remedio?

—No hay remedio.

Sucedió entonces una escena trágica, una escena de horror infinito. El prócer pareció agigantar su estatura, y exclamó extendiendo su mano:

—¡Yo te maldigo, Manuell! ¡El techo del solar de mis abuelos no puede cobijarte más!... ¡Vete de mi casa!

La madre entonces cayó de rodillas, exclamando con las manos juntas:

—¡Piedad, piedad, Juan!

Ramón, rígido, sin pronunciar palabra, contemplaba la escena, desde un ángulo de la cámara y Juanito, rompiendo en llanto, se abrazó al militar en un aluvión de besos y caricias, y la virgencita rubia, la tierna Alicia, se arrodilló también, suplicante, sollozando, a los pies del tremendo anciano.

Manuel, firme, tranquilo, sin alterarse en lo más mínimo un solo músculo de su rostro, levantó a su madre, besándola en la frente, rodeó con su brazo la frágil cintura de Alicia, y exclamó:

—¡Levantaros! Yo me voy. Precisamente, tengo orden de incorporarme a las filas.

Luego se volvió a la niña de los cabellos

rubios, y entonces sí tembló su voz, y sus hermosos ojos la acariciaron con una mirada húmeda de lágrimas.

Dijo tierno y sentido:

—Alicia, bella Alicia, ¿tú me amarás a pesar de todo?

La joven respondió balbuciendo, ahogándose de dolor:

—¡Hasta la muerte!

El militar la besó apasionado y loco, y luego se volvió a su madre:

—Y tú, madre mía, angel bendito de mis amores, ¿te acordarás de tu hijo?

La dama le estrechó contra su pecho con frenesí.

—¡Oh, mi Manuel!

Manuel, entonces, vió a Juanito, acongojado, y le alzó su linda carita, besándole en la boca:

—Y tú, pobre mío; no odies a tu hermano! ¡Oh, qué harán de ti en esta casa!...

En este instante dieron dos golpecitos en la puerta, y, sin esperar respuesta, entró don Pío.

—¿Qué pasa?—exclamó, viendo la composición de la escena.

El prócer le llamó con ronca voz:

—¡Don Pío, don Pío, venga acá!

El sacerdote se acercó prontamente al caballero.

La madre, acongojada, suplicó protección al sacerdote, narrando entre suspiros y espasmos lo sucedido.

El cura elevó sus ojos al cielo, y luego exclamó:

—¡Oh, Dios mío, no dejes en la impiedad al vástago de tantos hombres gloriosos que moran a tu lado!

El viejo le tomó una mano diciendo:

—¿Es decir, que aprueba mi conducta, padre?

El sacerdote respondió:

—Duro ha sido el trance; necesario al fin, Manuel; yo rogaré por ti al Señor.

El militar preguntó desdeñosamente:

—¿Desde la cúspide de los montes, verdad?

Replicó don Pío:

—Desde el altar.

Manuel, sin pronunciar una palabra más, se dirigió a Ramón, tendiéndole la diestra.

El mayorazgo, frío, solemne, señaló la puerta con su índice derecho:

—¡Cumple la orden de padre!—dijo secamente.

Manuel, entonces, le miró frente a frente.

—¡A ti te salvaré yo esta noche!—exclamó.

Los labios del mayorazgo se contrajeron con una amarga sonrisa, y dijo:

—¡Yo te amo aún, Manuel! Si yo pudiera, te salvaría también.

El prócer, que se había sentado en su sillón, jadeante y trémulo, se levantó gritando:

—¡Vete, Manuel!

Manuel volvió a abrazar a su madre, y enlazó a Alicia y Juanito en última caricia.

Don Juan, que había escuchado a la joven rubia un juramento de amor, que pronunció en estos instantes, exclamó:

—¡Alicia, desde estos momentos, deja de ser tu prometida, te devuelve su palabra!...

El militar, ya en la puerta, replicó:

—¡Oh, al amor no se manda! El es el maestro de la libertad. ¡Alicia, repite el juramento en alta voz, si me amas!

La joven dijo dominando su angustia:

—¡Te lo juro!

Manuel, entonces, la envió otro beso con la punta de sus dedos, y salió oyendo aún, al bajar la escalera, la voz de su padre, que estallaba como un trueno:

—¡Oh, yo estoy loco! Mi raza se desmorona!...

Bajó Manuel al zaguán, y ordenó al vigoroso Andía le ensillara un caballo al instante.

Su orden fué cumplida, pues un hermoso tordo piafaba momentos después tascando su freno.

Montó rápidamente, y se alejó de la casa de sus mayores por el blanco camino que sa deslizaba por la garganta del manso arroyuelo.

Antes de verla desaparecer tras una montaña, se levantó sobre el arzón de su caballo, y la envió su despedida con estas palabras que brotaban de su corazón:

—¡Adiós, cuna mía, casa de mis mayores! Quiera Dios que vuelva a ti, y no sea yo el equivocado.

Y también pensó en Alicia, y para ella brotó de sus labios un suspiro.

Espoleó con furia su caballo, y horas después llegaba a Orduña, donde estaba alojado su regimiento.

IV

Un hombre para la causa.

Don Juan Manuel había llorado largas horas la pérdida del hijo; pero con lágrimas que, en lugar de salir a los ojos, caían en el corazón. A media tarde, llamó a Juanillo y le dijo:

—¡Vamos a ver a Peruchel!

En este rasgo demostraba el esfuerzo de su voluntad, lo indomable de su carácter.

El niño, asustado aún de la trágica escena, emprendió con su padre el camino del monte, y llegaron al caserío del viejo Peruche, situado en una riente ladera, entre dos lomas cubiertas de encinas.

Cuando ellos llegaron, Peruchillo no estaba. El señor cura lo había retenido todo el día en misteriosos recados, que siempre le encomendaba en nombre de su señor, el joven mayorazgo de Olasar.

Entraron en el caserío, y lo primero que vieron fué a la anciana mujer del enfermo, llorando ante una imagen de la Virgen ante la cual lucían dos candelillas de aceite. Preguntaron por el pobre casero, y la mujer les condujo a una alcoba limpia y ventilada.

Reclinado sobre una pila de almohadas, se destacaba sobre el ampo de la tela el busto anhelante de un hombre moribundo, en cuya frente caían grises cabellos enmarañados. Unas manos toscas, callosas, negras, arañaban las sábanas como buscando algo perdido, algo invisible que se escapaba a su tacto estrujando el lienzo con ahinco misterioso. ¿Qué buscarán las almas que se van, en esa tenaz contienda de los dedos, que parece que quieren aferrarse a un algo que se pierde, que se desvanece en la atmósfera? ¿Es el afán de la vida, o es símbolo del tesón con que el hombre busca la muerte, la inconsciencia con que el hombre cava su propia sepultura, con sus pasiones, con sus vicios, con sus miserias?

A la cabecera de la cama, sentóse don Juan en una silla de madera. Inclinado sobre aquella cabeza moribunda, habló lenta, solemnemente, mientras que sus manos huesosas buscaban las del enfermo, persiguiéndolas sobre el lecho. Al fondo de la alcoba, de pie, ostentando su respetable

personalidad, la negra figura de don Pío contribuía a prestar más sombrío aspecto a la escena y algo más siniestro, angustioso, asfixiante como la nube de humo de la tea, palpitaba en el ambiente; las palabras de don Juan, graves unas veces, vibrantes otras, resonaban con metálicas cadencias.

—¡Pobre Peruche!—decía don Juan—; muere en paz. No temas; fuiste el hombre leal y fuerte; cumpliste tu misión en la tierra. Fiel a tus amos, leal con tus señores legítimos, humilde con los que fueron mayores que tú en la tierra, jamás sentiste el mordedor diente de la envidia. En ti vivió aquella raza de hombres que nunca ambicionaron ni más gloria ni más premio que una palabra del amo aprobando su conducta, un ademán de complacencia. ¡En ti acabará, tal vez, esa raza! Yo la veo morir en ti como veo morir en mí aquella otra de grandes señores, razas que se completan y se confunden como dos líneas en un solo vértice. Hoy ya no es así, Peruche, hoy el esclavo quiere ser señor, y, en nombre de los derechos de la Humanidad, se proclama la igualdad de la sangre y la igualdad de las castas, destruyendo la armonía del Universo. Hoy la autoridad es un mito, y en representación de la libertad, se proclaman ideas disolventes y se niega a la sangre y al origen lo que se concede a un puñado de locos, que pretenden medirlo todo con el rasero de su ambición. Yo te bendigo, Peruche, yo te bendigo. Ambos caídos, ambos en el fin de la vida, sentimos y comprendemos la realidad de nuestra misión. Yo te bendigo.

Y tomando su acento aquel tono seco, solemne, augusto, impregnado de todo el orgullo acumulado por los siglos en el espíritu de la gran familia, continuó:

—Tu señor, ¿lo oyes, Pedro? Tu señor te bendice, porque supiste guardar en tu corazón la humildad de los resignados, en tu carácter la sumisión y el respeto a quien el cielo te designó por amo.

Agitando sus brazos en el aire, trazando la señal de la cruz, añadió:

—¡Yo te bendigo, yo te bendigo!

—Acércate, chiquito—dijo entonces don Pío, notando la presencia del muchacho.

Juan se llegó resuelto. Poco a poco la vista del niño fué acostumbrándose a la opaca luz que lanzaba un ventanillo abierto cerca del techo, y vió la escena en

toda su lobreguez. Juanillo se adelantó al borde de la cama, y sus ojos sorprendieron a la muerte aletear sobre la pobre cabeza de Peruche. Retiróse el mozo ante la visión lúgubre que por primera vez se le presentaba; pero la mano de don Juan, separándose de la otra moribunda, sujetó su cabeza blandamente y sintióse atraído en dulce movimiento cerca de los ojos vidriosos de donde la luz iba a huir para siempre. Un soplo tibio, impregnado de emanaciones extrañas, hirió sus mejillas, soplo que parecía venir de un abismo.

La voz de don Juan volvió a resonar augusta y solemne, diciendo:

—Mi hijo, Peruche; mi hijo que viene a verte partir al mundo de los buenos. Viene a testimoniarte su protección y su cariño.

Juanillo repitió muy suave:

—Sí, su cariño...

El de Zúñiga prosiguió:

—¿Lo oyes? Muere contento, viejo amigo. Yo poco puedo hacer por los que quedan, pero estos retoños del gran árbol darán sombra a los otros que tú sembraste. Tus hijos vivirán, como tú, al acobijo de mi casa, porque las razas no han muerto, y aún quedará el gran señor en la mía y los humildes en la tuya. Mi fiel Peruche, ellos, como yo, te bendicen; como yo, te acompañan, y como yo, sabrán ser generosos con los que a su lado vivan, mientras en la sangre de los míos corran gérmenes de honor y en la de los tuyos gérmenes de lealtad y mansedumbre.

En este momento Peruche abrió sus párpacos y fijó su vista en el prócer. Rayos extraños rompieron la opaca niebla de las pupilas, iluminando las sombras de la muerte.

El hidalgo habló de nuevo:

—Ya sabes, viejo amigo, que la causa de la Religión y de la Patria contaba en estos momentos con tu brazo. Dios lo desarma, y acatada sea su voluntad; pero tú tienes un hijo, próximo a ser hombre, que puede sustituirte casi con ventaja.

Luz fugitiva animó un instante los ojos del moribundo.

Continuó el caballero:

—Yo vengo a pedirte en este instante, buen Peruche, vengo a pedirte su brazo para la causa santa... ¿Qué me respondes?

Entonces Peruche se reanimó. Incorporó sobre sus escuálidos brazos el busto ja-

deante, y con voz estremecida, exclamó:

—¡Viva el Rey! ¡Vivan los fueros! ¡Llévaoos a Pe!...

No pudo acabar. Cayó sobre las almohadas la cabeza moribunda, sin alientos ya. Juanito vió los ojos abiertos desmesuradamente, fijos en el espacio, y un cruento dolor se apoderó de su alma.

Ante el cerebro del retoño ilustre pasó la visión de su infancia subyugada siempre a la rutina, a los humillantes yugos de la voluntad de un déspota, como Ramón; de un iluso, como su padre; de unas sombras, como el recuerdo constante de los antiguos abuelos, pasó por su mente. Experimentó un peso invencible, creyó ahogarse en el ambiente enrarecido, y tuvo deseos de lanzarse sobre el moribundo, tapar su boca, murmurar en su oído frases de consuelo y esperanzas. Un hosco rencor, una repugnancia violenta, un secreto sentimiento de ira, nació en su corazón contra aquellas personas que ayudaban a bien morir al pobre desheredado. ¿Por qué no se pronunciaban otras palabras más sencillas, más tiernas, más dulces, más inspiradas de humanidad? Le pareció al niño que don Juan, que don Pío, forcejeaban por sujetar aquel sér a la tierra, por inclinar su cuerpo sobre el surco con el chasquido del látigo.

Soñó súplicas de más sincera compasión y su pensamiento evocó oraciones más piadosas. Recordó cadencias de armonía celestial, versos aprendidos a escondidas, donde se cantaban las doctrinas de que todos somos iguales ante Dios, y descubrió en esos rítmicos cantos poesía de inenarrable consuelo. ¿Por qué en la hora donde se confundían grandes y pequeños, se hablaba de grandeza terrena y se mezclaban palabras de orgullo, promesas de eterna esclavitud?

Don Pío comenzó en medio del lúgubre silencio:

—¡Kirieleison!

—¡Kirieleison!—repitió don Juan.

—¡Libre!—murmuró Juanito cayendo de rodillas.

—¡Christi, audi nos!—continuó don Pío.

—¡Christi, exaudi nos!—contestó don Juan.

—¡Jesús mío, óyelos!—dijo Juanito fijando su vista en el crucifijo que el cura levantaba.

La respiración del moribundo se tornó más débil, la mirada más opaca, el rostro

más lívido. Don Pio puso sobre la contrasada boca la imagen del Redentor. Contrajéronse los pobres labios; entornáronse los ojos, y un leve suspiro se extinguió en el ambiente. El último vaho empañó el metal brillante del crucifijo. Una contracción nerviosa hizo mover un instante los ojos dentro de sus órbitas, y quedaron inmóviles después; inmóviles también los labios, adonde asomó, entre los dientes carcomidos, espuma amarillenta. Juan contempló espantado aquella cara sudorosa, aquellas pupilas envueltas en una sombra de misterio, aquella tremenda mueca de la muerte, riendo al pasar con su sonrisa eterna y espantosa.

Entró entonces la vieja casera y se abrazó llorando al cuerpo del esposo. Don Pio y don Juan la consolaron.

El prócer la dijo al terminar:

—Un hijo le queda, Mari-Jesús, un hijo que hereda su sangre:

—¡Oh, mi Peruchillo!—suspiró la anciana—. ¡El no podrá ser como su padre!

—Si que podrá—replicó don Juan—. Peruche, en su último suspiro, acaba de confiarnoslo.

—¡Ah!—murmuró la casera entre suspiros y congojas—. ¡El no podrá aún, pues, defender su pedacito de tierra!

—Defenderá un mundo, una Patria—dijo el caballero.

—El cielo—añadió don Pio.

La vieja les miró con estupor.

El hidalgo, sin más rodeos, explicó:

—Para la causa del Rey lo cede Peruche; a las órdenes de mi hijo irá, y será un valiente. ¿No estás contenta, Mari-Jesús?

Los ojos de la casera brillaron, y con voz íntima, resuelta, exclamó:

—¡Por la Religión y por el Rey doy mi hijo! ¡Yo te lo juro, Peruche, yo te lo juro! ¡Uno no más hemos tenido, y si muere por Don Carlos, en el cielo lo hallaré!

El caballero, conmovido, estrechó la mano de la casera con efusión.

—¡Oh, madre espartana!—murmuró—. ¡Dichos tú, que ya que no puedes dar la vida, das tu corazón!

Juanillo, tembloroso, exasperado, gritó:

—¿Vamos, padre?

El prócer le dijo:

—¡Abraza a esta mujer sublime! Un hijo tiene, y lo entrega. ¡Mayor heroísmo no vi jamás!

El niño retrocedió murmurando:

—¡Pobre Peruchillo!

Puso el prócer unas cuantas monedas en las manos de la anciana, diciendo:

—Para el entierro.

La mujer besó las manos que le ofrecían la dádiva.

—¡Dios bendiga al buen señor!

Don Juan, apoyándose en Juanillo, dijo al tiempo de salir:

—Mujer, reza por el Rey.

Y añadió:

—¡Y por un alma extraviada!

VI

El destino.

Al ver brillar a los fugitivos rayos del sol las armas de su regimiento, Manuel no pudo precisar el joven lo que pasó por su alma. Acordóse de repente de su vieja casa solariega, del amor perdido de todos los suyos; pero el deber fuerte, el deber inflexible, acalló todas sus dudas, todas sus ternezas, y sólo pensó en el cumplimiento de su destino.

Su primera preocupación fué preguntar por su jefe, un bizarro y bravo militar, que había ganado sus grados en el campo de batalla.

Inmediatamente se presentó en el alojamiento del coronel, y mientras era recibido, un pensamiento cruel le torturaba:

—¡Mi hermano, mi hermano!—se decía—lucha también en esta comarca. Es preciso evitar a toda costa que el azar nos ponga frente a frente. Mañana mismo necesito salir de Vizcaya.

En esto el coronel salió a recibir la visita del joven teniente.

Después de los saludos oficiales, el coronel le dijo:

—Me alegro ver a usted hoy mismo, porque tengo que conferirle un servicio delicadísimo.

El teniente sintió una angustia inexplicable, y murmuró:

—A la orden, mi coronel.

El jefe le alargó un cigarrillo y declaró:

—Por confidencias, he sabido que en el inmediato valle, y en la parroquia de su

casario, se hallan armas ocultas, y es preciso apoderarnos de ellas.

Manuel se estremeció violentamente.

Su corazón latió con fuerza, y su rostro tornóse de una palidez de cera.

—¡Mi coronel!—balbució sin saber lo que decía.

El jefe advirtió la turbación del teniente, y le preguntó con bondad:

—¿Se siente usted enfermo?

Entonces Manuel, con un esfuerzo de su voluntad poderosa, compuso sus facciones, y respondió sonriendo:

—No, mi coronel. La fatiga sólo.

El jefe, al oír esta declaración, repuso:

—L confío a usted ese servicio como conecedor del país.

El teniente, retorciendo su corazón, que se rebelaba, mostróse agradecido por la distinción, y no dijo más que estas palabras:

—¡Me honra esta confianza de mis jefes!

Y se despidió, torturada el alma, con la visión sangrienta en su pensamiento. Vió a su hermano frente a frente, desnuda la espada, desafiándole a una lucha cruel, y tuvo miedo. Sin embargo una luz rasgó estas sombras, porque pensó:

¿Y si esto fuera porque Dios me lo pone en mi camino para salvarle?

Apenas la noche cerró, una noche fría y lluviosa, el joven oficial volvió a dirigirse al valle, mas no solo, sino al frente de una veintena de hombres, que caminaban firmes y serenos como si fueran a una parada de gala.

Cuando oyó a lo lejos la campanita vicinglera de la parroquia esparcir a los vientos el toque de queda, y vislumbró cercana la luz de las candelillas del atrio, una duda terrible agarrotó su espíritu. Tuvo ganas de romper su espada, correr a la cúspide de la más alta montaña, y lanzarse al abismo; pero su deber habló más alto, y firme y sereno adelantó, ordenando a su gente el mayor sigilo.

VII

La sacristía.

Don Pío se dirigía a su curato entre las sombras de la noche. Sus ojos de águila,

acostumbrados a leer las horas en las estrellas, como los viejos pastores en la majada, miraban al cielo cubierto de espesas nubes entre cuyos desgarrones parpadeaban los mundos del espacio. A su lado Peruchillo y Ramón caminaban silenciosos, fijos cada cual en un pensamiento grave. Ramón meditaba seriamente sobre su porvenir, sobre el del hermano que desmentía la tradición de la familia ilustre, y el muchacho en las horas amargas que aguardaban a su corazón juvenil, entregado a los azares de la guerra. Don Pío, frío y solemne, rezaba oraciones en vascuence, ese lenguaje rudo y primitivo y contaba las constelaciones del cielo. De pronto, allá en el monte, brilló la clara luz de una hoguera con tenues resplandores, y Peruchillo se detuvo, observando los movimientos de aquella llama que parecía ascender al espacio.

—¿Vendrá tu padre, muchacho?—le preguntó el cura.

—¡Mi padre!—dijo el chico suspirando—. Mi padre se muere.

El cura se santiguó.

—¡Oh, Dios, el mejor brazo de la comarca! ¿Y de que se muere tu padre, hijo?

—No lo sé; los *quiris* le quemaron su hacienda y el pobre tiene hambre y frío.

Ramón intervino con su voz sombría.

¿Y tú te vengarás, Peruchillo?

El muchacho respondió:

—Puede.

—Tú también tienes aliento para tomar un arma y venirme al campo.

—Sí, señor; alientos tengo y corazón también.

El cura dijo con tono de sermón.

—En la familia de los Macabeos, has de tomar ejemplo tú. ¡Aunque se despedacen las carnes, firme por tu Dios! ¡El te cubrirá de gloria!

—Puede—murmuró Peruchillo.

Llegaban a la parroquia, blanca, luciendo en la obscuridad de la noche con su blancura de nieve. En el atrio una candelilla oscilaba al viento ante la efigie de Nuestra Señora de Aranzazu, tallada en piedra. el cura se santiguó al pasar, y dobló su rodilla el mayorazgo, quitándose la boina. Se quedaron guarecidos del viento en los pedregales de la gradería.

—¿Vendrán?—preguntó Ramón, inquieto, mirando al fondo del valle por donde serpenteaba un camino de blancos guijarros.

—Sí, vendrán—respondió el cura.

—¿Al toque de queda?

—Al toque de queda?

Escudriñó de nuevo el sacerdote las estrellitas del cielo.

Perusillo, envuelto en su sotana, se paseaba taconeando sobre las piedras para entrar en calor, mientras el mayorazgo iba y venía pausado y marcial, como arengando a seres invisibles. El cura, cansado de sus afi-

na, que vibró en los aires esparciendo sus sonos melancólicos, como si doblara a muerto. Casi en este instante oyóse chirriar sobre los guijarros del camino las ruedas de una carreta, y una voz cansina que cantaba:

Guernicaco arbola...

—¡Ya está ahí!—exclamó Ramón estremeciéndose—. ¡Pasaron las armas!



Cada muchacho cargó con un brazado.

ciones astronómicas, se puso a rezar el Padrenuestro.

Pasó una hora y la lluvia empezó a descender en gotas menudas y el viento a silbar, bajando de las montañas briznas de nieve.

Al fin, don Pío se asomó a la iglesia y exclamó:

—¡Joselito, la queda!

En la penumbra se destacó la sombra del monaguillo Joselito, un muchachuelo flaco y esjuto, y se agarró al cordel de la campa-

—Abre la sacristía—dijo el cura a Peruchito.

El muchacho entró corriendo, sonando su gran manajo de llaves.

A la entrada de los soportales llegó una carreta tirada por dos hermosos bueyes, a los que pinchaba un viejo boyero. Traía la carreta haces de leña, retama olorosa, que la lluvia y el viento aumentaban su perfume.

—Hola, viejo amigo!—dijo el cura—¿Felizmente?

—Sin tropiezo, pues—respondió el boyero—; pasaron sin notar. Haces de leña llevo, para aumentar una hoguera, y es verdad, pues...

Llegaron Peruche y Joselito, y se pusieron a descargar los haces de leña; pero tras los haces de leña llegaban otros haces que brillaban a la luz de las candelillas. Eran viejas armas, mezcladas con otras nuevas. Cada muchacho, cargó un brazado, y entraron en la sacristía.

—Aquí—dijo el cura.

Y abría al mismo tiempo los cajones de las arcas donde se guardaban los ornamentos del culto.

En un instante quedó vacía la carreta.

El boyero volvió a pinchar los bueyes, y partió cantando al árbol de Guernica.

El cura ordenó encender todas las velas de los altares, y él pasó a la sacristía, comenzando a revestirse de una rizada sobrepelliz y encarnada estola. Ramón le ayudó, en unión de Peruchito.

Poco a poco, en las tinieblas de la noche, fueron destacándose siluetas de aldeanos en los alrededores de la iglesia. Llegaban unos de dos en dos, otros dispersos, y todos armados de sendos y nudosos garrotes, cubriendo sus cabezas con la típica boina roja. La campanita seguía esparciendo su voz a los cuatro vientos como una amorosa llamada a gozar de la paz de Cristo bajo aquellas bóvedas cenicientas donde aún flotaban nubes de incienso. Los aldeanos, con su andar lento y solemne, entraron en el santo recinto y ocuparon todos los bancos de las augustas naves.

Ramón, tranquilo, firme, habíase calzado en la sacristía negras polainas, que unían un rojo pantalón que descubrió al desprenderse de su anterior de paisano. De entre todas aquellas armas ocultas entre ternos eclesiásticos, eligió un sable agudo y pesado, que se ciñó a la cintura con negro coraje.

El cura tomó entre sus manos el sagrado copón donde Cristo, amor de los amores, residía, y salió al presbiterio seguido del mayorazgo, que hacía retemblar sus armas sobre el pavimento. Parecía más alto, más esbelto, más erguido con aquellos marciales atavíos. En su frente resplandecía el entusiasmo, y en sus ojos brillaba la fosforecen-

te luz del espíritu de su raza, de la gran familia que paseó su gloria por el mundo.

Y en la vieja parroquia, en el nido santo de la ternura, en el techo bendito que cobijaba a Cristo sacramentado, a Cristo amor, a Cristo mansedumbre, se iba a dar un grito de guerra, estremeciendo aquellas bóvedas acostumbradas a escuchar la frase divina: «La paz sea con vosotros.»

El cura dejó el sagrado vaso en la mesa de altar, y volviéndose a su público de aldeanos, exclamó con acento, primeramente suave y amoroso, y que crecía con las gradaciones de tormenta que se forma en lejanos horizontes, y luego estalla sobre nosotros:

—¡Hijos míos, mis amados hijos! Llegó el instante, la hora solemne, de probar que aún hay hombres de corazón en España, que aún alienta la fe de Cristo en vuestras almas, que no es todo ceno y podredumbre. Vais a recibir la sagrada comunión por mis manos unguadas del Señor, y sentiréis nacer en vosotros con mayor fuerza el entusiasmo y el heroísmo, Graves, tremendas, son estas horas en que la Patria, la Religión y el Rey, ponen en vuestras manos su destino, porque derrocadas esas tradiciones gloriosas de nuestro pueblo por los infames gobiernos liberales, se refugian en estas montañas, acogiéndose a la fe de sus moradores. Caseros de Vizcaya, que jurasteis defender el árbol de Guernica, ese árbol bendito que manos alevés quisieran secar; éuscaros fuertes que queréis los fueros que os arrebatan, cristianos honrados y leales, que no queréis escarnecida, sino triunfadora y gloriosa, la religión de vuestros mayores, he aquí que un hombre valeroso como David, creyente como Samuel, justo como Judas Macabeo, sabio como Salomón, se os presenta y os dice: ¡A las armas! Yo os daré vuestras leyes, yo sostendré vuestra Religión, yo os haré poderosos. Es un príncipe egregio, un príncipe noble, nuestro señor Carlos VII, que Dios guarde.

Un murmullo de aprobación recorrió la fila de aldeanos como la trepidación del trueno.

El rayo se formaba.

Don Pío continuó:

—¡Hijos míos, caseros de Vizcaya, vuestro pastor os congrega, no como rebaño de corderillos, sino como manada de leones. He aquí vuestro jefe que os de-

signa la Real Majestad de nuestro Rey.

Ramón de Olasar se adelantó bello y sombrío con sus pupilas relumbrantes. Los caseros le vieron erguirse, mirarles ca a a cara y un estremecimiento de entusiasmo recorrió sus cuerpos enjutos, fuertes como las encinas de sus montañas. Desnudó su espada el cabalero.

—¡Armas, armas!—gritaron los aldeanos agrupándose en el presbiterio.

El cura extendió sus manos.

—Esperad—dijo—. ¡Esperad, cre entes, Cristo os va a fortalecer. Contra Él no habrá balas enemigas, vuestros pechos llevarán la fuerte coraza del poder de Dios! ¡Arrodillaos!

La voz poderosa, la voz vibrante de don Pío resonaba en las bóvedas augustas, trémula y sonora, como grito de clarín. Sus manos destinadas a la piedad, alzaron la hostia divina. Ramón, rindiendo su espada, recibió el primero a Cristo hecho pan, a Cristo manso y suave. Tras él desfilaron los jóvenes caseros, cercando la mesa angélica.

Luego, don Pío depositó el copón en el Sagrario. Ramón se acercó a él exclamando con voz fuerte:

—¡Padre, la bendición!

El cura trazó en el aire, sobre la hermosa cabeza, el signo de la paz.

—¡Yo te bendigo, hijo mío, soldado de Cristo, para que lleves tus tropas a la victoria!

Ramón se levantó despues, y desde su sitial habló a los aldeanos con frase augusta, de héroe, de magnate:

—¡Voluntarios! Se nos ha reunido aquí para comuniarnos que el Rey, nuestro señor, en nombre de la voluntad de Dios, nos convoca a un esfuerzo santo y glorioso. El señor comandante general de Vizcaya, don Cástor Andéchaga, y el ilustre y heroico don Gerardo Martínez de Velasco me confieren la honra de conducirnos a la victoria, de formar con vosotros una legión fuerte que asombre al mundo y derroque el poder de Satanás que hoy impera. ¡Voluntarios de Cristo, a las armas!

—¡A las armas!—repitieron los caseros como un solo hombre.

El cura, Peruchillo y Joselito, aparecieron trayendo brazados de fusiles, que fueron repartiendo entre todos los congregados.

—Mi tradición y mi nombre, la sangre que corre por mis venas, os da bastante garantía de celo en el cumplimiento de mis deberes. Sangre de luchadores llevo que me legó mi padre, el viejo prócer que hoy agoniza de dolor porque no puede empuñar también una espada. Digno de él seré yo, digno de vosotros. ¡Voluntarios, viva la Religión, viva el Rey!

Estalló el rayo contenido. Elevando al cielo sus armas, los voluntarios respondieron al grito del jefe con un clamor inmenso:

—¡Viva el Rey!

—¡Viva don Pío!—exclamaron varias voces.

El sacerdote, el mensajero del amor, el santo enviado del Amor de los amores, de Cristo, que moría en una cruz, desnudó la hoja brillante de una espada, y formando una cruz con la del hijo de Olasar, gritó:

—¡Voluntarios! ¿Juráis por esta cruz luchar hasta la muerte por amor a Cristo, por amor al Rey, por amor a la Patria?

—¡Juramos!—respondieron todos.

—¿Por el árbol de Guernica?

—¡Por el árbol de Guernica!

Entonces, los dos jefes se abrazaron y Ramón dijo después:

—Orgulloso estoy de mandar tales hombres. España se ha de conmover ante nuestros triunfos, y en pavés, como los antiguos Monarcas, hemos de llevar al señor de nuestros corazones. Nunca me habéis de ver esquivar el peligro, ni volver mi rostro en la pelea. Si alguna bala me hiere, herirá mi corazón y no mi espalda que nunca en el combate me acordaré de que soy mortal. ¡Voluntarios, vuestro jefe os saluda, en nombre del Rey!

—¡Viva el Rey!

Oyóse ruido en el monte, como clamor de muchedumbre que se acercaba.

El sacerdote llamó:

—¡Peruchillo!

Se acercó el muchacho, que entonces empuñaba el apagavelas.

—Mande, pues—dijo.

—Corré al monte y vuelve. Gente viene y observa. Amigos deben ser, porque yo puse avanzadas.

El muchacho atravesó la iglesia y salió de su recinto.

VIII

Frente a frente.

Hubo un instante de silencio. El rumor lejano crecía y se escuchaban voces y pisadas en el silencio de la noche.

Ramón y don Pío mirábanse extrañados. Allí estaban reunidos casi todos los que habían empeñado su palabra de acudir al llamamiento y muy pocos faltaban de los caseros del valle.

—¿Es hora?—preguntó don Pío.

—Es hora. Al monte, amigos, que el albor de la mañana nos sorprenda lejos de aquí.

Los caseros oprimieron belicosamente sus armas y gritaron:

—¡Al monte!

En este instante entró Peruchillo gritando:

—¡Los *guiris*!

Hubo un momento de confusión y de duda. Los bisoños soldados se agruparon cerca del altar mayor, alrededor de los jefes.

Abrióse la puerta con estrépito y en su dintel se destacó una figura arrogante, la figura de un militar desnuda la espada: la figura de Manuel.

Ramón gritó:

—¡Voluntarios, viva el Rey!

Sonaron las armas y brillaron las bayonetas con ese ruido singular precursor del combate, que hiela la sangre y acobarda el espíritu. Aleteó la muerte bajo aquellas bóvedas donde antes habitaba la vida y se hizo un silencio augusto y solemne.

El recién llegado gritó desde la puerta, con voz poderosa:

—¡Ramón de Olasar, titulado coronel, ¿dónde estás?

El caballero pareció volverse loco. Sus ojos fulguraron llamas y descendió los escaloncillos del presbiterio, arrogante y majestuoso, desafiador y colérico:

—¡Traidor!—exclamó apretando nervosamente el puño de su espada. ¡Traidor!

Don Pío, desnudo también el sable, apostrofó a su Rey:

—¡Voluntarios, a morir! ¿Empezáis así vuestra vida militar?

Ramón, desde el centro de la iglesia, ordenó con aquella voz imperiosa, fuerte como un trueno:

—¡Que nadie se mueva!

El militar se adelantó a él pausadamente.

—¡Hermano!—dijo con voz suave—; aún es tiempo.

El caballero replicó:

—¡No soy tu hermano!

Entonces, Manuel, sin alterarse en apariencia, dijo:

—Si rindes tu espada, quedas libre. Si quieres evitar la sangre, los tuyos libres serán también.

Ramón alzó al alto su espada y cubrió su cabeza con la roja boina.

—¡Manuel, vete tú!—exclamó—. ¡No profanes este santo lugar!

Una amarga sonrisa se dibujó en el rostro del caballeroso teniente.

—¿No la habéis profanado vosotros ya?—preguntó.

Los voluntarios, entre tanto, no podían contener sus impetus, y un sordo rumor, como el del mar al agitarse, recorría sus filas.

—¡Acabemos pronto!—exclamó el guerrillero. ¿Qué es lo que quieres?

—¡Salvarte.

—¡Salvarme tú!—replicó el mayorazgo riendo con una risa burlona.—. Procura salvar tu alma, que yo desprecio mi vida.

Manuel tendió su espada, interponiéndola entre Ramón y la entrada.

El momento fué trágico, solemne; Ramón se lanzó bravo sobre el militar, que retrocedió un poco, a tiempo que gritaba:

—¡Soldados, a mí!

Aparecieron las bayonetas y los negros roses de los soldados, en pelotón, cerrando la única salida de la iglesia. Miráronse frente a frente los adversarios, como tigres que se preparan a la lucha, replagándose sobre sí mismos. Peruchillo, en un rincón, mascullaba jaculatorias y oraciones, y Joselito se escondió en un confesonario. Don Pío, arrogante y decidido, gritó con voz enardeciente:

—¡Voluntarios, vuestro juramento!

Crujieron silenciosamente las llaves de los fusiles, y se apuntaron unos a otros, prontos a despedir la muerte por sus bocas. Sólo esperaban las órdenes del jefe, que, de pie, inmóvil, tremendo y augusto, devoraba con sus ojos de águila a su hermano menor, que parecía vacilar en el momento su remo.

— ¡No, sangre hermana, no! — murmuraba—. ¡Sangre hermana, no!

— Caerá sobre tu frente, como la de Jesús sobre los justos — exclamó el sacerdote alzando en una mano la cruz, y añadió volviéndose a los soldados de la libertad:

— ¡Tirad, tirad sobre este crucifijo, haced blanco en el que murió por salvaros!

— ¡Quietos! — gritó Manuel volviéndose á la tropa. ¡Aún no!

Y frío, sereno, se adelantó hacia su hermano.

El mayorazgo le rechazó con un gesto.

— Entrega esas armas, hermano — dijo el militar —; entrega esas armas y tu gente será libre. En esta iglesia he visto correr mi infancia, mis horas de juventud y mis sueños alegres, mis sueños de amor. Usted, padre, que ha escogido en el mundo la única carrera, el único estado en que amar es obligación, deponga esa actitud airada, y no mezcle ese crucifijo en nuestras contiendas. Rendios, dejad las armas, y yo os respondo con mi autoridad, con mi vida, que a nadie se ha á daño.

El mayorazgo golpeó el suelo con la punta de su espada, y gritó en una carcajada nerviosa:

— ¡El diablo metido a predicador!

Los momentos eran supremos, porque el odio y la sed de sangre comenzaba a trastornar los cerebros de los aldeanos como una borrachera, y se oían voces entre ellos que demostraban su impaciencia.

— ¡A ellos! ¡Viva Cristo! ¡Viva el Rey!

Sonó un estampido, y una bala derribó con estrépito la araña principal, sumiendo la iglesia casi en penumbras. Parpadeaban las velas de los altares, y las santas figuras de los Patriarcas cristianos parecían salir de sus cuadros, asustados de la tremenda profanación. Un voluntario, decidido poderoso, oprimiendo con mano nerviosa el fusil, se lanzó sobre Manuel. Entonces Ramón se interpuso, rodeó el cuello del guerrillero con mano trémula y le hizo rodar por el pavimento, exclamando con voz estentórea:

— ¡Sólo yo dicto órdenes a los míos!

El cura se adelantó.

— ¡Esta situación es insostenible! — dijo con iracundo ademán.

Ramón le obligó a retroceder.

— ¡El jefe soy yo! — dijo dominando el tu-

multo con su acento vibrante. ¡Caballero cristiano soy, y nadie, nadie en el mundo me hará cometer un crimen!

Pero ya no era tiempo: la tropa, ávida de lucha, se precipitó en las naves blandiendo sus armas. Sonaron voces y lamentos, imprecaciones y b'asfemias, y los candeleros de los altares, las luces todas, rodaron, quedando en completas tinieblas el estrecho recinto. Sólo allá, en una capilla, una lamparilla de aceite daba tintes sombríos, agigantando las sombras. Peruchillo y Joselito chillaban y corrían, guareciéndose entre los bancos, en los confesonarios, tras las pilas de agua bendita. Una vela prendió unas flores de trapo, y la llama siniestra del incendio iluminó un instante la fatídica escena de trágico horror. Sobre aquella se precipitaron Ramón y Manuel, apagando a puntapiés y manotadas la naciente hoguera. Los voluntarios ganaron la salida, apretujándose, mordiéndose, hundiendo sus bayonetas en carne enemiga, cegados por la rabia, enardecidos por la vez de D. Pío, que dominaba el combate.

— ¡Viva la Religión! ¡Viva el Rey!

Ramón corrió también a la puerta, y un instante se le oyó ordenar:

— ¡A mi casa! ¡Fuerzas en ella!

Se encontró frente a frente de Manuel, que, empuñando su revólver, le gritaba:

— Hermano, ¿estás contento?

Se quedaron solos. En loca desbandada, voluntarios y liberales corrían monte arriba, acosándose sin piedad. Ellos dos, firmes y serenos, se miraron, se contaron los latidos de sus corazones en un instante de silencio. Ramón rompió éste:

— ¡Te he perdonado la vida!

Manuel respondió:

— ¡Yo he guardado la tuya!

Ramón replicó mordiéndose los labios:

— Desde hoy, te odio.

El militar, alzando su frente donde rebataba la lluvia, repuso también:

— ¡De hoy en adelante, no eres mi hermano!

El caballero se sentó un instante en una peña, enjugándose el sudor que corría por su frente en gruesos goterones.

Ante él, en pie, Manuel le miraba.

— ¡Por Dios te lo juro! — exclamó el mayorazgo.

— ¡Por mi honor te lo juro! — repuso el militar.

El coronel carlista dijo con infinito desden:

—¡Por hoy, estás libre!

El teniente sonrió y repitió a su vez.

—¡Por hoy, el que está libre eres tú!

—¡Gracias!

—¡Gracias!

Guardaron las hojas desnudas en las fundas y se separaron. En este instante llegaba la sección que mandaba el teniente Olasar, cesando en la persecución de los voluntarios, que parecía haberse tragado la tierra.

Manuel señaló a los suyos, diciendo:

—¡Que no te vean! Vete.

Ramón, altivo y sereno, mirando a su hermano con infinito desprecio, dijo:

—¡No te ponga Dios en mi camino, condenado!

Manuel se volvió a los soldados:

—¡Prestad socorro a los heridos—ordenó.

Ramón se hundió en las sombras de la noche, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Lejos ya de la vieja parroquia, se volvió para contemplarla a la luz de las antorchas, y de su garganta se escapó un amargo sollozo.

—¡Raza mía!—murmuró. ¿Y en ese hombre sin honor, en ese renegado has venido a parar?

Oyó una voz infantil, medrosa y trémula que murmuraba saliendo de entre unos jarraes:

—¡Señor!

El joven se detuvo, escudriñando las tinieblas.

—¿Quién me llama?

La voz asustada respondió:

—¡Peruchito!

Entonces Ramón ordenó.

—Sal, hombre, sal. ¿Es así como son valientes los hombres?

Salió Peruchito y Ramón le acercó a su pecho preguntando:

—¿Estás herido?

—Yo no—respondió el muchacho—. Joselito sí quedó allá arriba, muertecito el pobre. ¿Qué hago yo?

El jefe le regañó con voz adusta.

—¿Y tú eres hombre y tiembles?

—No soy hombre, pues—respondió el chicuelo—, aún no tengo pelo de barba...

El caballero le estrechó contra su seno, murmurando:

—Las balas te harán valiente. Acuérdate de tu padre.

El chicuelo suspiró:

—¡Pobre padre mío!

—¡Andando!—ordenó el jefe—. Hay que reunir a los dispersos.

Y apresuró el paso, sin tropezar en un solo guijarro, seguido de Peruchito, en dirección de su viejo solar.

IX

El amor.

Manuel pernoctó con su gente en el pueblo, una vez registrada la iglesia, y aprehendidas las armas que los carlistas dejaron ocultas en los arcones de la vieja sacristía.

Una vez alojados los muchachos, el joven militar pudo cerciorarse de la hostilidad con que el país recibía a los defensores de la libertad, pues los *caseros*, hoscos y recelosos, mostrábanse fríos y reservados y parecían esconder, tras una sonrisa falsa, sus intenciones y su rencor.

Dió entonces el oficial las órdenes más severas para impedir el robo, casi inevitable en los días crueles de la guerra, y triste y dolorosamente emocionado con los dolores que herían su corazón, envuelto en su capote, se dirigió cerca de la casa donde ya no tenía derecho a entrar, la vieja casa de sus mayores, donde su infancia tranquila se deslizó.

Cerca ya de sus muros, en una ventanita vió brillar una luz.

El corazón latió en su pecho con violencia.

Una lágrima asomó a sus ojos, abrazando, al cruzarlas, sus mejillas.

¡Aquella luz brillaba en el cuarto de la hermosa Alicia, su bien amado!

—¡Oh, mi bien!—murmuró—. ¡Oh mi bien! ¿Te habré perdido para siempre? ¿Qué hacer ahora? ¿Velas? ¿Piensas en mí?

La ventanita iluminada daba al monte, y a poco esfuerzo se tocaba casi con la mano.

Dormía todo en la vieja casa, y Manuel, soñador y algo poeta, se recreó en la poesía de una cita nocturna.

Todo convidaba al amor: la noche había

despejado y una suave brisa, cargada de perfumes, de tomillo, de romero, de helechos, bajaba de la serranía:

Brillaban las estrellas.

De cuando en cuando, allá lejos resonaba el ¡alerta! de las avanzadas que él colocó, dando un tinte algo sombrío a las a las horas de la madrugada.

En el horizonte, limitado por las cúspides de los montes, empezaba a clarear la luz del alba.

El joven evocó con el pensamiento las narraciones que en los días de su niñez servían para entregarle al sueño, narraciones de trovadores que cantaban a la amada al pie de un castillo, bellas historias de un tiempo que pasó.

Recordó también una linda canción que arrullábase en la luna, una canción de melancólica y tierna melodía, un zorlico duro en su forma como las rocas de las montañas éuscas, dulce en su fondo cual las flores azules de los valles.

Apoyándose en los sillares del viejo caserón, empezó a cantar al pie de la ventana.

¡Al pie de tu castillo,
de Astúlez el solar,
el trovador te envía
de Euskaria su cantar!

¡La noche nos convida
amores a gozar;
al pie de tu ventana,
el éuscaro vendrá!

¡Deja que en suelo libre
se luche por la paz,
que el vasto su amor
aquí te cantará!

Creó Manuel que la luz de la ventanita oscilaba, que una sombra se proyectaba en los cristales, y elevó su voz con otra estrofa:

¡El trovador te canta
su amarga soledad,
y el aura de Vasconía
su canto te traerá!

Abrióse al fin la ventana y la cabecita gentil de Alicia apareció en su marco.

El joven murmuró:

—¡Bien amada!...

—¡Oh, Manuel, eres tú!— exclamó la niña.

—Vengo a alentarte, alma mía—dijo él—. ¿Estás sola? ¿Nadie vela contigo?

La joven respondió suspirando:

—Sí que velan, Manuel, sí que velan. Tu padre vela y llora...

—¡Pobre iluso!—dijo el joven con amarga tristeza—. ¡Pobre iluso!

Ella, entonces, se inclinó sobre el alféizar y alargó su mano, que el joven estrechó efusivamente.

—¡Creí que era un trovador de otros tiempos!—exclamó él con una sonrisa—. Me puse a cantar a mis amores. ¡Oh, Alicia, perdón, perdón! ¡Tal vez te haga desgraciada, tal vez hiera tu corazón; pero mi locura es así! ¡Amo la libertad como mi padre ama las creencias de sus mayores!...

La joven cortó una pasionaria de un tiesto de su ventana, y se la arrojó.

El militar dió un beso al perfumado cáliz de la flor.

Sonriendo dijo:

—¿Es un emblema, Alicia? ¡Una pasionaria, símbolo del dolor!

—No hay rosas—declaró la niña.

—Unas hay—respondió el oficial.

—¿Cuáles? Están aún en capullo.

—¡Oh y qué lindo capullo!...

—¿Quieres uno?

—Sí, el de tus labios.

Rió ella también, y cuando hubo terminado de hacer un manojo de flores, se lo arrojó al militar. De pronto, lanzó un grito de sorpresa.

—¿Qué pasa?—preguntó Manuel alarmado.

—Me habías asustado—oyó decir a la joven.

El trató de elevarse sobre unos guijarros ansiosamente.

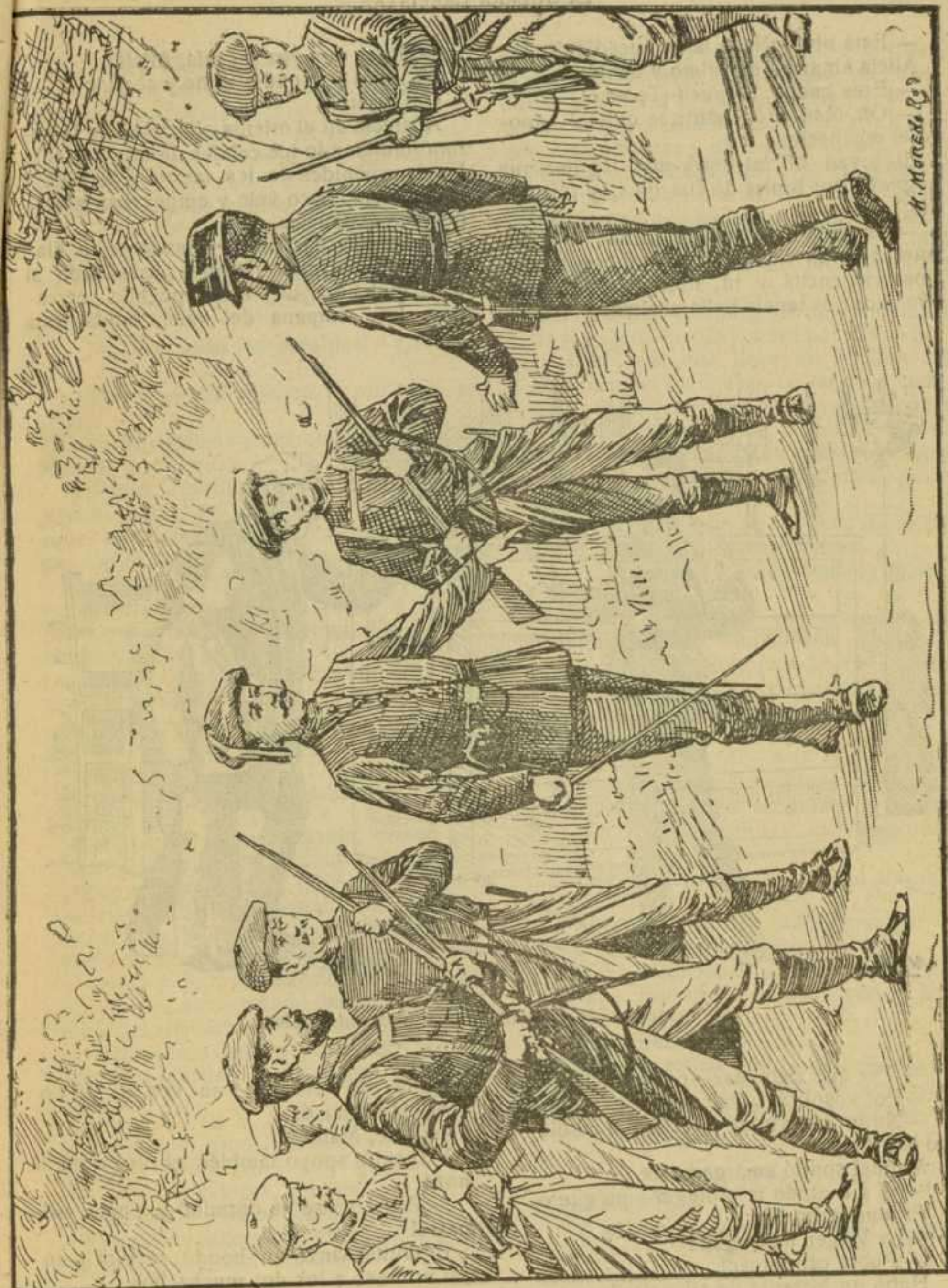
La niña, que había desaparecido un instante, volvió a asomarse, pero no sola, sino en compañía de otra cabecita, linda y gentil, la de Juanillo.

—¡Manolito!—exclamó el muchacho con un grito de alegría.

El teniente le envió un beso.

—¡Oh—dijo Juanito—, si padre te ve, no sé lo que pasará! No duerme ni se ha querido acostar. ¡Hemos pasado un susto tremendo!... ¡Desde aquí hemos oído el fuego de la iglesia!... ¿Tú sabes qué ha sido de Ramón, hermanito?

El joven se estremeció y con amargura infinita, respondió:



—¡Ríndete, militar! Entrégate, guiri!

—¡Está libre! ¡Nada le ha sucedido!

Alicia abrazó a su primo y habló:

—¡Eres bueno, Manuel! ¡Te amo!

—¡Oh, Manolito, cuánto te quiero!—apoyó el muchacho.

El joven oficial secó una lágrima que pugnaba por brotar de sus ojos, y respondió:

—Sois mis dos amores, niños, los dos amores de mi vida; tú, Alicia, inocente, graciosa virgencita, y tú, niño del buen corazón. Los dos tenéis bella el alma...

—¿Juras otra vez ser mía, Alicia?

La joven respondió firme y segura:

—¡Lo juro!

Aparecía en el oriente el arrebol de la aurora iluminando los celajes de oro y grana. En las cúspides de los montes, la niebla rasgaba su opaco velo y empezaban a verdear los castañares.

Resonaron lejanas cornetas tocando diána, y campanitas alegres saludando al día, viniendo de otros pueblos cercanos. La campana del valle, muda, esta



no mancillaré la inmaculada pureza de mi bandera.

—¿Por qué suspiras?—preguntó la joven.

—Por vosotros. ¿Qué será de vosotros?

—No te preocupes—declaró Juanillo—; yo la protejo.

Manuel sonrió amargamente.

—¿Y a ti quién te protege?—preguntó.

El muchacho dijo:

—La Virgen de Begoña.

—¡Pobre candoroso!

Hubo un instante de silencio; luego preguntó Manuel:

mañana no enviaría su voz al cie'o.

Alicia exclamó:

—¡Vete, Manuel!

Y Juanito apoyó también el ruego de la moza.

—¡Padre no se ha dormido y puede asomarse!

El militar lanzó un hondo suspiro y envió un beso a los dos muchachos.

—¡Hasta que Dios quiera!—dijo.

Entonces Manuel experimentó en su alma

todo el amor de aquellos santos lugares de su infancia, y volvió sobre sus pasos, bajando a la parroquia. Oculto tras los troncos de unas encinas, vió un grupo de aldeanos que se llevaban el cadáver del pobre Joseíto sobre andas de flores. Lloraban las mujeres, y los puños de los aldeanos viejos de la comarca se levantaban al cielo.

—¡Hijo, hijo!—decían las mujeres.—¡Pobre hijo! ¡Esto es una infamia.

—¡Venganz! —repetían los viejos.—
¡Venganz!

—¡Malditos sean los asesinos! —gritaban otros.

—¡Perros *guiris*! ¡Vienen a robarnos los hijos!

Gruesas lágrimas surcaron las mejillas de Manuel, y murmuró:

—¡Pobre Joseíto a quien yo vi nacer! ¿Quién había de decirte, pobrecito, que aquel buen amigo que tantas veces te dió de comer había de causarte la muerte?

Don Pío cantaba el oficio de difuntos con voz lenta y grave, vestido de rizada sobrepelliz y negra estola. El cortejo siguió entre las encinas del monte, y llegó al cementerio situado en una ladera. Manuel les siguió con sus ojos tristes.

—¡Adiós, Joseíto! —murmuró por vez postrera.

Y añadió:

—¡Dios mío, perdonad a los que se equivoquen!

Luego entró en la parroquia, donde quedaban las huellas de la sangrienta jornada. Oró un momento en el altar, y entró en la sacristía donde vió al señor de Olasar, que después de haberse enterado minuciosamente de los destrozos causados en el santo templo y de la profanación de que había sido objeto, acompañado del menor de sus hijos, del simpático Juanillo, se dirigió al sagrado recinto para que éste le refiriera con todos sus horribles y sacrílegos detalles lo ocurrido.

Al penetrar en la sacristía, le pareció oír pasos, para él conocidísimos, y en voz baja preguntó a Juanillo:

—¿Es, por ventura, Manuel?

—Sí, padre—respondió el jovencito.

El noble caballero, dirigiéndose a su hijo Manuel, le dijo con voz mezclada con lágrimas y sollozos:

—Ya has visto, hijo querido, la sangre que se ha derramado dentro del templo, los

destrozos causados en éste, ¿por qué, pues, Manuel, no abjuras de tus ideas, no abandonas esa causa injusta y vuelves al hogar de tus mayores, donde únicamente te esperan bienandanzas y dichas sin cuento?

Manuel, que había ido a la parroquia a prosternarse quizá por última vez ante la sagrada imagen que allí se veneraba, entristecido ante la presencia de su anciano padre y la jovial figura de Juanillo, respondió con dignidad:

—Padre, hice juramento a mi bandera de serla fiel eternamente y morir por ella, si fuese preciso, y el que lleve un apellido tan ilustre como el de Olasar, imitando el ejemplo de sus antecesores, nunca falta a ese juramento. Ni abjuro ni renunciaré a mis ideas jamás, y mientras me quede un soplo de vida no mancillaré a inmaculada pureza de mi bandera.

Una vez dicho esto se despidió de su padre y hermano con estas palabras:

—¡Adiós padre! ¡Adiós, Juanito! ¡Hasta que Dios quiera!

Y salió con el alma entenebrecida por tantas emociones.

Siguió hasta su antiguo solar, cuyos blancos muros le atraían; pero al torcer el ángulo Norte del caserón, oyó una voz que le gritaba:

—¡Alto!

Volvióse el joven y se encontró frente a Ramón, que llegaba acompañado de José Mari, Andía y Peruchillo y varios voluntarios.

El terrible cabecilla se adelantó a él desnuda la espada:

—¡Ríndete, militar! ¡Entrégate, *guiri*!

Manuel desnudó su espada, y gritó:

—¡Vi a la libertad!

Ramón, sombría la mirada, avanzó hacia él, diciendo:

—¡Entrégate!

Manuel se arrojó a la pared dando la cara a los adversarios, y guardado su espalda contra los muros de ataques imprevistos.

El mayorazgo volvióse a su gente, y ordenó:

—¡Apoderaos de él, soldados de Cristo! ¡Apoderaos de él!

Un relámpago de ira cruzó el alma del teniente y una nube de sangre cegó sus ojos. Apretó el pomo de su espada con mano convulsa, y avanzó sobre Ramón resuelto y colérico.

El mayorazgo le esperó a pie firme, cruzados los brazos sobre el pecho, y gritando:

—¡Hiere, Cafo!

Unas voces angustiadas, vo es queridas, llegaron a los oídos del oficial. Decían estas voces:

—¡Manuel, es tu hermano!

—¡Por Dios, hermanito, por la Virgen de Begoña!

Volvió la serenidad al espíritu del joven, y conociendo en aquellos acentos desgarradores las almas inocentes de sus dos bien amados, se contuvo. Dobló la rodilla, y chocando con ella la hoja de su sable, la partió en dos pedazos y la arrojó a los pies de Ramón de Olasar, gritando fieramente:

—¡Toma, toma! ¡Ahí tienes mi vida y mi honor! ¿Qué más quieres, hermano?

El mayorazgo señaló a los voluntarios el viejo caserón, y dijo:

—¡Encerradle allí!

Apoderáronse del joven militar los facciosos y le condujeron, prisionero de la libertad, a su propia casa. Al pasar el dintel de su puerta ojival, Manuel tuvo una sonrisa de amarga ironía y murmuró:

—¡Hoy aquí el nieto de tantos abuelos gloriosos, que viene a ocupar su antiguo solar la cuna de su infancia! ¡Ya estaréis gozosos, jayanes de la fragua del honor fanático, que ya tenéis ocasión de matar al gusano que carcomía vuestro árbol secular!

En el zaguán, llorosos y acongojados, Alicia y Juanito le vieron pasar entre los aldeanos, armados de carabinas.

Alicia tendió a él sus manos suplicantes.

Juanillo quiso abrazarle, llamándole con su más dulce voz.

Pero José-Mari, con su adusto semblante, les impuso silencio.

Manuel se detuvo, y con amoroso transporte acarició a los dos niños con una caricia de sus ojos.

Luego se volvió a José Mari, y dijo con ironía:

—¿Es aquí, viejo servidor, donde das alojamiento a tu amo?

El guerrillero ronzongó entre dientes:

—¡Adelante!

—Bien, no te incomodes—dijo Manuel.

Y sin hablar más, dejóse conducir a un lóbrego y estrecho aposento, cuya puerta

se cerró tras él con estrépito, rechinando sobre sus goznes.

Entretanto, pueden figurarse los lectores la suerte que correría el destacamento de soldados sin la dirección de un jefe, en un país hosil y ya en armas, porque la guerra se propagaba como un reguero de pólvora incendiado por una llama, y no había monte ni valle, caserío ni lugar, que no lanzara hombres al campo, al grito de Dios, Patria, Rey y Fueros.

X

José-Mari.

Ramón, como sabemos, alejóse de la vieja parroquia, encontró a Peruchillo en el camino, y emprendió con él la vuelta al valle. Procuraba infundir valor en el ánimo del mozo, hablándole de cosas que apenas podía comprender una joven y campesina inteligencia.

—¡Peruche, Peruche, has huído!

El chico respondía con un fuerte rubor en las mejillas.

—Has huído—continuaba el jefe carlista—, y eso no está bien. Un hombre no debe huir nunca como una mala bestia que teme al látigo.

Peruchillo seguía callado. Sería él tal vez una mala bestia, pero lo cierto es que él había oído zumbir las balas y no le agradaba ese zumbido. Además, el pobre Josecito, más valiente que él, había muerto. ¡Pobre Josecito, exánime, con un agujero en la frente, en aquella frente donde la madre amorosa debió aquel día depositar un beso de amor!

El hidalgo continuaba:

—No, Peruchillo, no; eso no está bien. Desde hoy perteneces en cuerpo y alma a la santa causa carlista, y nadie debe decir de ti que eres un cobarde. Peruchillo, ¿tú amas al Rey?

—Sí, señor.

—Llámame mi coronel, hijo mío. En cuanto se forme el regimiento, tu serás corneta, y verás qué cosa más bella es tocar el paso de ataque, y lanzarse como un león escalando riscos. Tú no sabes qué bello es morir por una idea.

Peruchillo le miró con asombro.

—¡Oh, si que es bello morir por una idea! Cuando el señor coronel lo decía!... Ahora que a Peruchillo no le parecía tan bello desde que vió a Joselito hacer la mueca terrible de la muerte, con una bala metida entre ceja y ceja.

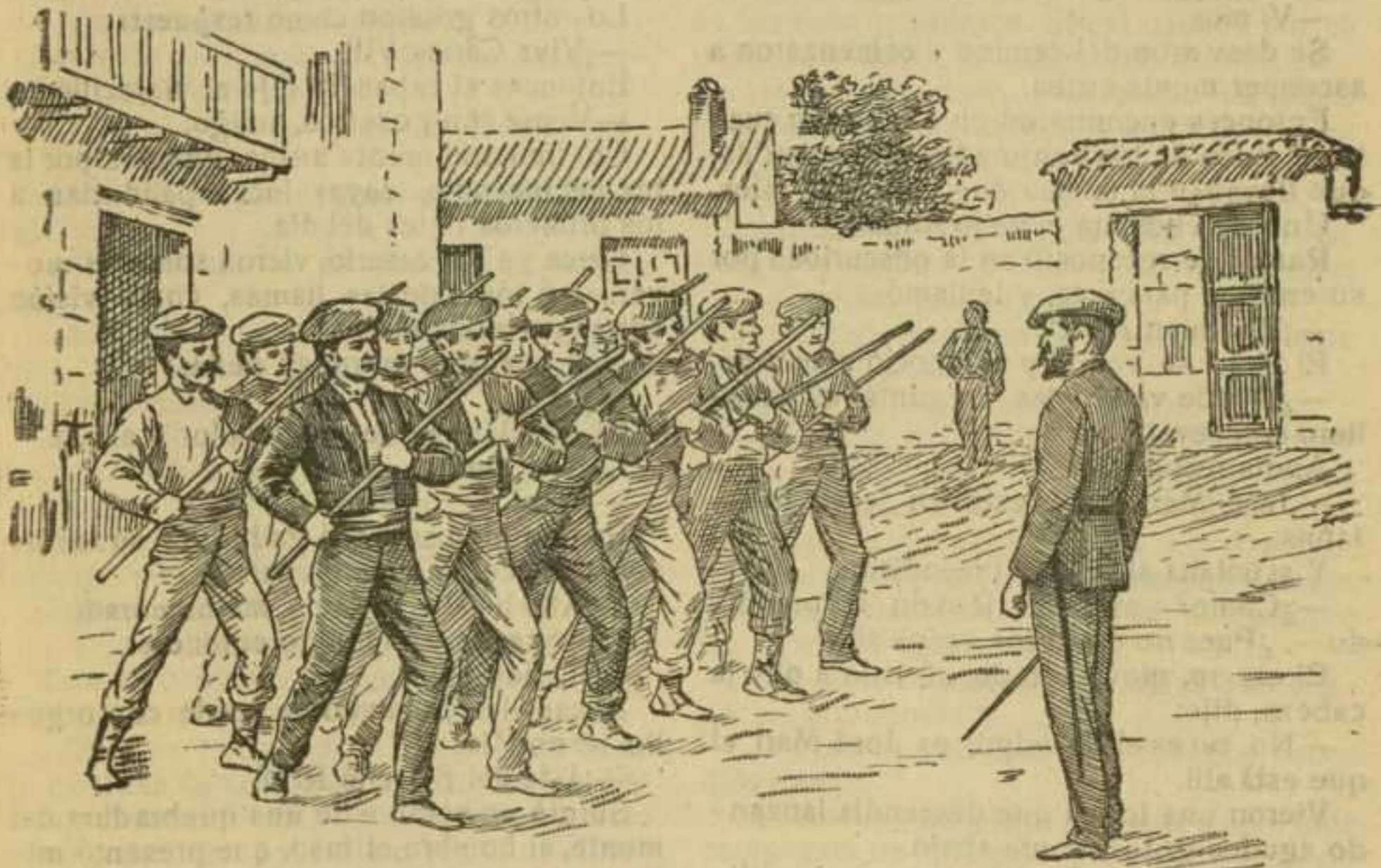
—Peruchillo, ¿tú cómo te figuras al Rey?

—¿Al Rey?—repitió el muchacho—; al Rey me lo figuro... me lo figuro yo...

—¡Ah, no puedes figurártelo, hijo! El Rey

su inteligencia como el granizo sobre las rocas de las montañas.

Se esforzaba, sin embargo, en convencerse a sí mismo que no debía tener miedo, que debía ser muy valiente y muy hombre; que Joselito había muerto tan ricamente, y que las balas, al zumbiar, dicen palabras de mieles. Si, trataba de convencerse de que era necesario hacer algo grande, algo sonado que levantara su honrilla a los ojos de su coronel y le lavara las culpas de co-



Varios aldeanos hacían ejercicios de táctica militar.

es un gran mozo, con unos ojos que hablan, con una boca que sonfe llena de bondad. Es alto, muy alto y valiente, muy valiente. Ya le verás montado a caballo, siempre en el peligro, y tú ya ves, ¡es el Rey, y no teme! Peruchillo pensó:

—Es el Rey y no teme; pero yo no soy Rey y puedo tener miedo. ¡Ah, si Joselito resucitara, tal vez él se adelantara con decisión a encontrar la muerte!

¡Pobre Peruchillo! Caminaba al lado del hidalgo, y cada palabra de éste rebotaba en

bardía que había cometido. ¡Pobre Peruchillo, inocente Peruchillo!

Caminaban de prisita, y ya se destacaban casi en la obscuridad los muros del caserón de don Juan Manuel, cuando allá lejos, en el ribazo de una montaña, brotó una llama que se alzó a los cielos, coronada de penachos de humo preñado de vivas chispas que volaban en el viento, esparcidas a largas distancias.

—¡Es el caseío del Dios pequeño!—exclamó Peruchillo.

El caballero se estremeció.

—¡Oh, los *guiris*, los infames *guiris*!— exclamó con colérico acento.

Primera traición de Peruchito a sus propósitos: al escuchar la palabra *guiris*, tembló de pies a cabeza, como si ya los hubiera visto delante, apuntándole a la cabeza con sus fusiles.

El caballero se aseguró que llevaba al cinto su revólver, y dijo:

—¡Vamos allá, Peruchillo!

—¿Allá? ¿Al caserío donde están los *guiris*?— exclamó—. ¡Oh, mi coronel!

El caballero replicó secamente.

—Vamos.

Se desvaron del camino y comenzaron a ascender monte arriba.

Entonces encontraron en el camino cuatro o cinco de los conjurados de su partida, que llevaban la misma dirección que ellos.

Uno de ellos era el viejo Andía.

Ramón le reconoció en la obscuridad por su enorme paraguas, y le llamó.

—¡Eh, buen Andía!

El viejo se volvió y reconoció a su amo.

—¿Dónde váis?—les preguntó el caballero con severa voz.

Andía respondió:

—José-Mari que está en esas montañas.

Y señalaba al caserío incendiado.

—¿Cómo?—exclamó Ramón sorprendido—. ¿Pues no están los *guiris* ahí?

El caserío, moviendo de un lado a otro la cabeza, dijo:

—No, no es el enemigo; es José-Mari el que está allí.

Vieron una forma que descendía lanzando agudos gritos monte abajo.

El de Olasar le salió al encuentro, diciendo a grandes voces:

—¡Detente, quienquiera que seas!

El tenue resplandor del alba iluminaba el monte, y a su indecisa luz vió el caballero que la sombra pertenecía a un viejecillo que traía pintado en el rostro el espanto y la angustia.

—¿Qué te pasa, hombre?—preguntó Ramón.

El aldeano, convulso, agitado, entre sollozos y lágrimas, contó esta historia:

—¡José-Mari que ha incendiado mi caserío, pues!... ¡José-Mari que me ha dejado en la miseria!

—¿Y por qué, hombre, por qué?

El viejecillo tomó a sollozar, y respondió con hipo y suspiros:

—¡Porque no le pude dar lo que me pedía, pues!... ¡Me pedía doscientos reales!...

El caballero lanzó una enérgica interjección, y exclamó pateando el suelo con rabia:

—¡Ese José-Mari es un loco! ¡Así no se hace la guerra!

Y añadió con una expresión despectiva:

—Es verdad, José-Mari es navarro.

Luego se volvió a Andía y los cuatro voluntarios que le acompañaban, y exclamó:

—¿Seguis siendo leales a la causa?

Los otros gritaron como respuesta:

—¡Viva Carlos VII!

Entonces el caballero dijo al viejecillo:

—Vente con nosotros, amigo.

Continuaron monte arriba, gulados por la luz del incendio, cuyas luces palidecían a los primeros tintes del día.

Cerca ya del caserío, vieron sombras moverse en torno de las llamas, como visión extraña e infernal.

Una voz gritó entre las peñas:

—¡Alto!

El caballero se detuvo retador y altivo.

La voz repitió:

—¡Alto!

Ramón hizo sonar el gatillo de su revólver y se acercó a los breñales.

—¡Alto hice!—exclamó malhumorado.

La voz seca y ruda dijo entonces:

—¿Quién vive?

El caballero, alzando su frente con orgullo, respondió:

—¡Jefe del Ejército Real!

Surgió un hombre de una quebradura del monte, al hombro el fusil, que presentó militarmente.

—¿Dónde está José-Mari?—preguntó el mayorazgo.

El voluntario le indicó una planicie, donde un centenar de aldeanos hacían ejercicios de táctica militar con gruesos palos en vez de armas, a la voz estridente de un cabezalla.

Ramón se dirigió a él con paso arrogante:

—¡José-Mari!—llamó.

Era el llamado José-Mari un oficial de corpulenta estatura, seco y enjuto, en cuyo rostro, orlado de negra barba, brillaban dos ojillos minúsculos y penetrantes.

Al ver acercarse al hidalgo mancebo, el guerrillero ordenó:

—¡Presenten, armas!

Y añadió, volviéndose a Ramón:

—Perdone usía, pero mi gente aún no tiene armas de verdad. Yo juro que con estos palos se las hemos de arrancar al enemigo.

El hidalgo, saludando con un desdeñoso ademán de gran señor, exclamó con voz ruda dirigiéndose a José-Mari y señalando el incendio que devoraba a favor del viento las pobres techumbres del caserío.

—¿Qué es eso, José-Mari?

El viejo guerrillero respondió con énfasis:

—Un castigo, señor coronel.

Acercóse éste hasta abrasar con su mirada los ojos de su interlocutor.

—¿Es así como se hace la guerra, buitre?— exclamó.

El ancianito propietario murmuró entre sollozos:

—¡Porque no le di doscientos reales, pues!

Ramón se encaró de nuevo con José-Mari, y su acento, preñado de amenazas, vibró solemne:

—¿Te dijo el Rey que talaras los campos, que incendiaras los caseríos, que robaras a los pobres villanos, José-Mari?

El cabecilla retrocedió. Una cruel sonrisa tuvieron sus labios exangües.

Replegó violento y agrio:

—Y ¿a quién importa más que a mí?

Ramón, conteniendo su ira con un violento esfuerzo, dijo:

—Esto es inicuo, José-Mari. Esta tierra no es tierra de conquista. Cruzados de una causa, hemos de ir a la corte por el recto camino del honor y de la disciplina. Vizcaya es nuestra, José-Mari; Vizcaya ama al Rey y nos dará cuanto necesite.

José-Mari se mordió los labios y golpeó el suelo con la punta de su sable, exclamando:

—¿Y quién eres tú para impedir mi voluntad?

—Más que tú, buitre, más que tú, porque he nacido bajo el techo de un palacio, y sangre de Reyes corre por mis venas.

Pues yo hago lo que me da la gana.

Exasperóse el mancebo, y desnudando su espada, gritó a Andía y los que le acompañaban:

—¡Voluntarios, fuego sobre el rebelde a la primera señal!

Y volviéndose a los que hacían el ejercicio con palos, los apostrofó con voz poderosa:

—Caseros de Vizcaya, voluntarios de la Religión y del Rey, ¿cómo habéis consentido en la destrucción de esta casa, donde residía un hermano vuestro?

—Ese hombre es liberal— dijo José-Mari.

—Sea quien sea. A ver, voluntarios, ¿quién de vosotros se atreve a mostrar a este insofrente que nuestra guerra no es guerra de encrucijadas y ladrones?

Estaba magnífico el joven caballero, con su hermosa y gallarda figura bañada por el rojizo resplandor de las llamas. Su voz, poderosa e insinuante, hizo mella en todos aquellos sencillos aldeanos y bisoños guerreros, que gaitaron:

—¡Todos!

El caballero, entonces, tuvo una sonrisa de triunfo y ordenó a José-Mari secamente:

—¡Capitán, queda arrestado!

José-Mari blasfemó y envainó su sable con colérico ademán.

Ramón se acercó a él y le dijo:

—No seas así, buitre; tu señor es siempre tu señor, y han de pasar muchos años hasta que puedas co'ocarte a su altura. ¿No comprendes que esta guerra no debe ser así, que no debemos entrar malditos donde entremos triunfantes? ¡Oh, tú desconoces las leyes del honor, villano!

José-Mari se mordió los labios con despecho, murmurando:

—Puede mucho usía en la comarca, señor don Ramón.

El caballero revistió la pequeña tropa, toda compuesta de aldeanos del país, y anunció su mando. Luego dijo al segundo de José-Mari, un bravo y arriscado mozo:

—Capitán, dentro de una hora, en aquella montaña.

El guerrillero desnudó su espada y saludó militarmente.

Ramón buscó en sus bolsillos un papel, trazó con lápiz unas líneas y se lo entregó al viejecillo, diciéndole:

—Con este papel preséntese en mi casa y se indemnizarán sus pérdidas.

El pobre hombre, lanzando al aire su boina y un "Viva Carlos VII", exteriorizó su agradecimiento.

Ramón ordenó a José-Mari con imperio:

—Acompáñame.

El cabecilla, trémulo y avergonzado por su derrota, siguió al jefe, que descendió al valle con Andía, Peruchillo y cuatro voluntarios.

Directamente, y antes que el sol alumbrara los montes, cuando nubes arreboladas anunciaban la proximidad de su luz fecunda, llegaron al viejo caserío, donde Ramón pensaba obtener de su padre permiso para alejarse del país, porque también él temía la hora funesta de encontrarse otra vez con el tozudo hermano, el valiente y pundonoroso Manuel.

Ya hemos presenciado el trágico encuentro, y después de realizado éste y de haberse cerciorado de la seguridad de la cámara donde el teniente sufría prisión, subió a dar a su padre cuenta de todo lo ocurrido.

—¡Dios sea loado!— murmuró el viejo prócer—. ¡Cuida ahora de que Manuel no vuelva a su destino!

Ramón le miró fijamente.

—¿Cómo, padre?— interrogó con voz sombría.

El viejo hidalgo respondió, encogiéndose de hombros:

—Piénsalo tú. No han de ser todos zarzapos de león. Hora es ya de que los nuevos cachorros afilen sus uñas y defiendan la gloria de su apellido, la honra de su estirpe.

Ramón no dijo una palabra más, y volvió la espalda, dejando solo a su padre.

En la habitación inmediata se encontró con don Pío, todo ensangrentado y envuelto en lodo.

—¿Qué le pasa, padre?— preguntóle el muchacho.

El cura respondió gimiendo y suspirando:

—¡Todo sea por Dios, que reparte las riquezas del mundo!

XI

¡Prisionero!

Manuel, entregado a la más tremenda de las desesperaciones, pasó todo el día encerrado en su tétrica y amada cárcel. Tétrica, porque era una lóbrega y obscura cámara; amada, porque pertenecía al solar donde se

deslizaron sus años juveniles y dichosos. Tenía una ventana de espesos barrotes que daba al campo, al que robaba su luz la tajadura de un próximo barranco, cuyo corte se elevaba al cielo no dejando libre más que un trocito del cielo azul.

Asomado estaba a esta ventana, cuando oyó abajo un gemido de dolor. Sacó como pudo el rostro entre las rejas, y vió a un



—¿Estáis herido, militar?

pobre soldado herido y maltrecho, un soldado de los de su desgraciada expedición, a quien, sin duda, le había llevado allí la fatiga y el dolor de su herida y el miedo a caer en poder de los carlistas.

Iba a prodigarle esperanzas y alientos desde su altura, cuando vió abrirse una puertecilla falsa que daba al barranco, y sigilosamente salió una figurita graciosa y de icada.

—¡Oh, Juanillo! ¡Es Juanillo!— murmuró el teniente, sintiendo en su pecho una emoción indescribible, un contento infinito.

Avido, observó los movimientos del muchacho.

Acercóse éste al soldado y le preguntó con voz amable:

—¿Qué le pasa, buen amigo?
El pobre herido alzó sus ojos apagados
niño, que se inclinó sobre él.

—¡Madre mía!—exclamó el militar rom-
piendo en llanto—; me muero.

Juanillo exclamó:

—¿Estás herido, militar?

—¡Herido y yerto!—declaró el soldado
en un suspiro—. ¡He recorrido todas estas
montañas, porque los carlistas han caído
sobre mis compañeros!... ¡Oh, no puedo
más!

—¡Pobrecito!—murmuró Juanillo enju-
gándose una lágrima.

Manuel, desde su encierro, seguía viva-
mente emocionado la escena, y hasta conten-
nía la respiración para no perder una sola
palabra del diálogo.

Juanillo tendió una mano al soldado, di-
ciendo:

—Apóyate en mí, buen militar.

Este trató de incorporarse, pero era tanta
su debilidad, que cayó de nuevo.

—¡Dios mío, Virgen del Pilar!

El niño dijo suavemente, como la caricia
de una esperanza:

—¡Paciencia, amigo! ¿De dónde eres?

—De Aragón.

—¡Oh, yo he visto Zaragoza, buen ami-
go! Vamos. Un poquito... apóyate en mí...

Hizo otro esfuerzo el militar.

Manuel no pudo contenerse ya, y gritó:

—¡Juan, mi Juan, bendito seas!

Alzó el muchacho su rostro y vió al mi-
litar asomado a la ventana.

—¡Oh, Manuel!

—¡Bendito seas!—repitió el militar. ¡Ben-
dito seas, ángel, que borras los odios y en-
señas la caridad!

El soldado reconoció su oficial.

—¡Mi teniente!—gritó con voz angus-
tiada.

—Prisionero estoy, hijo mío—declaró
Manuel—; ten valor y confía en esa cria-
tura.

Juanillo puso sus dos manos en la boca,
formando una bocina, y dijo en voz que
apenas llegaba hasta los oídos del joven:

—¡Hermano, Alicia me dice que espe-
res!

El corazón de Manuel latió con violencia.

Juanillo prosiguió:

—¡Espera esta noche!

—¡Oh, a la noche!—exclamó el prisione-
ro lleno de alegría, como si una ráfaga de

libertad le hubiera abierto la puerta de su
prisión.

Y parecióle que entraba Alicia, la divina
Alicia, como un ángel, para llevarle a través
de mundos de encantos infinitos, en un
sueño de amor.

Juanillo, entre tanto, había logrado levan-
tar al soldado, y se alejaba habiéndole dul-
cemente, y enviando a su hermano una son-
risa de aliento y esperanza.

Manuel entró entonces en la cámara y se
puso a pasear con febriles movimientos. Un
mundo de ideas se apoderó de su cerebro,
de ideas tremendas y desconsoladoras.
¿Qué querían hacer de él el padre inflexi-
ble, el hermano vengador, aquellos dos
grandes sacerdotes de un ideal, aquellos dos
hombres en los que revivían los fantasmas
del fanatismo y de la severidad, en los que
encarnaban los espíritus de todos aquellos
abuelos gloriosos que llenaron los ámbitos
todos de la tierra con la lumbre de su
gloria?

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamaba con
religioso fervor—. ¿Cuál de nosotros estará
equivocado?

Oyó entonces que una llave ch'riaba en
la cerradura de la puerta y compuso su sem-
blante, forzando en sus labios una sonrisa
placentera y en su frente una contracción
de dignidad y orgullo.

XII

Un corazón de buen temple.

Franqueóse la entrada y apareció Ramón
de Olasar vestido de uniforme.

Manuel quedó inmóvil en el centro de la
estancia, mientras su hermano se dirigía a
él con paso lento y digno ademán.

El mayorazgo, dando a su acento re-
flexiones de ternura, dijo:

—Ya habrás visto, Manuel, cuál es tu
destino.

El teniente respondió, encogiéndose de
hombros:

—No me importa mi destino, ni sé cuál
puede ser.

—¡Hermano, hermano!—replicó el caba-
llero de Olasar—. Piensa cuál es tu destino

en una prisión, durante una guerra que empieza gloriosa para nuestras armas.

El militar reanudó sus paseos, murmurando, pero sin alterarse:

—¡Una guerra cruenta, mi destino durante una guerra cruenta! ¡Ah, Ramón, no sé lo que me quieres decir, ni penetro el sentido de tus palabras! Fueras tú príncipe coronado y yo tu mortal enemigo, aunque hermano por la sangre y ya podría vislumbrar algo de mi futuro. Pero yo a nadie estorbo...

—¿Cómo?—Interrumpió Ramón trémula la voz—. ¿Acaso supones una infamia?

El segundón se encogió de hombros otra vez.

—Nada pienso — dijo.

Ramón, asegurando su acento, repuso:

—¿Has meditado?

Respondió Manuel:

—No necesito meditar.

—Es decir, que piensas ahora como antes.

—Igual; no varía tan fácilmente de pensamiento un Olasar, tú lo sabes bien, Ramón.

—Este, alterándose un poco, dijo:

—¡Desdichado!

Manuel se acercó a la ventana, y preguntó fingiendo desdén:

—¿Para qué has venido, hermano? ¿Tienes algo que decirme?

—Sí.

—Habla, pues.

—Y tú sé sincero, Manuel.

—Nunca miento.

—Es que tu orgullo puede engañarte.

—Soy humilde.

—¡Es que Dios puede haber tocado en tu corazón!

—Dios está muy alto, y vale algo más que para político.

—¿Blasfemas?

—¡Oh, no!

—Está bien. Puedo perdonarte ese despecho en gracia a tu situación.

—Gracias, hermano generoso.

—Vengo en nombre de padre.

—Manuel, entonces, preguntó con indiferencia:

—¿Y qué dice padre?

—Vengo a ofrecerte su perdón y su olvido, si abandonas el campo liberal.

Manuel exclamó con firmeza:

—¡Nunca!

Ramón se mordió los labios para vencer su cólera y dijo:

—Padre es grande y magnánimo y no quiere perdonar medio para salvar a su hijo.

—¡Gracias! ¡Oh, padre tierno el mío!

—¿Te burlas?

—Al contrario.

—¿Qué digo a padre?

—Nada.

—Mira que eres considerado de otro modo como prisionero de guerra.

Manuel, impaciente ya, preguntó:

—¿Y son tan fieras vuestras leyes que matan a sus prisioneros?

Ramón devoró el insulto y replicó:

—¿Y si así fuese?

Entonces Manuel rió nerviosamente, exclamando:

—Si así fuese, moriría dando vivas a la libertad de los hombres.

Desde fuera sonó la voz de don Juan Manuel, y su austera figura se destacó en el umbral.

—¡Déjalo, déjalo!—exclamó el león de Olasar—. Está condenado.

Ramón, entonces, fulminó una mirada de ira, y salió de la estancia sin volver la vista atrás.

Corrieron los cerrojos de la puerta y Ramón quedó solo de nuevo.

XIII

La madre.

La noche fué amarga, noche cruel para el valiente prisionero. Secos sus ojos, angustiado su corazón, pasó una hora y otra hora que se le antojaban siglos interminables.

Al amanecer entró la madre en compañía de Juanito, llevando en sus manos las viandas del almuerzo.

Era la noble señora de Olasar, anciana mujer, de dulce y delicado rostro, en cuyos ojos, de apacible mirar, se marcaban las hondas huellas del sufrimiento.

Levantóse de su asiento el joven militar y se arrojó en brazos de la señora, entrelazando también a Juanito, mientras sus palabras procuraban infundir consuelo a aquellas personas queridas.

—¡No, madre, no!—decía Manuel—. ¡No te aflijas por mi suerte! Contento estoy de mi situación, que me permite sufrir penalidades por mis ideas.

Enjugó un poco su llanto la madre, y dijo entre sollozos:

—¡Mi Manuel, mi prefendo!

Con lúzola el teniente a la ventana, y la



M.M.R.

¡No te aflijas por mi suerte!

hizo sentar allí. Arrodil'óse él en el suelo, hablándola con su más dulce voz:

—¿Te acuerdas, madre? En esta habitación he recibido de niño más de un castigo de mi padre cuando, en mis juegos, descubría mi corazón, blando, enamorado de las grandes doctrinas, de la libertad, del amor entre los hombres. Tú sabes, madre querida, que siempre fui yo el segundón, el que debía escoger una carrera, porque el patrimonio era sólo de Ramón, del primogénito, en contra de los dictados de la justicia moder-

na, de los hermosos ideales... Pero, en fin, madre, esto no voy ahora a discutirlo; yo me conformo, yo amo a mi padre y respeto sus creencias, ahora, que yo tengo las mías, y ni por nada, ni por nadie, las abandono.

La madre acarició el rostro de Manuel como si acariciara a un niño.

—¡Pobre hijo mío!—murmuró entre sollozos.

El militar exclamó:

—Tú también, tú también sufres, madre-cita.

Suspiró la anciana.

—¡Sí, sufro, sufro!—exclamó—; sufro desde mi juventud esta opresión, esta tiranía...

El teniente la besó en amoroso arraque.

—¡Ya romperán otros estas caderas, madre!

La anciana, ayudada de Juanillo, extendió sobre una mesita el mantel, y colocó encima las viandas.

—Están hechas por mi mano, Manuel. Alicia te envía esta confitura...

El teniente dijo con apasionado acento:

—¡Alicia! ¡Oh madre, guardádmela, guardádmela, que yo me haré digno de su nombre.

Juanillo, que hacía esfuerzos heroicos por contener su llanto, dijo:

—Padre me ha dado para ti estos papeles.

Manuel desdobló un rollito y leyó en ellos unas líneas:

Una sonrisa asomó a sus labios.

—¿Qué es?—preguntó la madre.

—Esto—respondió Manuel—son unos párrafos que mi padre recita de memoria de un artículo del campeón carlista, Aparisi, y me los envía para que me convenza.

—Léelos, hijo, léelos.

—Espera un poco—dijo el militar.

Y añadió, dirigiéndose a su madre:

—Yo sé, madre mía, lo que significa esto. Tú no vienes enviada sólo por tu cariño, sino que vienes por la voluntad de padre.

—¡No, no!—protestó la anciana.

—Es igual. Tú, a lo menos, madre, vienes a mí con el lenguaje del corazón. ¡Te escucho, madre mía, como escuchaba tus cuentos en la cuna. Nada sabes de la lucha de los hombres, y sólo sabes obedecer al jefe, al marido... ¡Bien venida, madre! ¡Tú eres la creyente de buena fe, la sencilla, la santa, la humilde!...

Pasó su mano por su frente como para alejar un cruel pensamiento.

—¡Lee, Manuel!—repitió la anciana con impaciencia.

—Que los lea Juanito—dijo el teniente—; lo hago sólo, madre, por cumplir la voluntad paternal. Aquí se describe la personalidad de don Carlos como lo soñara la imaginación de un poeta. Yo tengo mi opinión, madre mía.

La anciana repitió:

—Léelos, hijo, léelos, Juanín.

El militar besó a su madre en la frente, diciendo:

—Eres encantadora, madre. Ingenua y sencilla como un niño. ¿Crees tú que con esos párrafos va a cambiar mi convicción?

—Sin embargo, lee, Juan.

Juanillo leyó lo siguiente con su vocecilla dulce:

.....
Era muy niño don Carlos cuando su buena y santa madre, por razones que juzgaría fundadas, extremó sus esfuerzos para divorciar de España, digámoslo así, el corazón de su hijo y darle entero a Italia, y era cosa amable y donosa oír del príncipe la sabrosísima relación de las artes que usaron así él como su hermano don Alfonso para burlar inocentemente los propósitos de la madre y ver a españoles y saber cosas recientes de España y procurarse el conocimiento de las antiguas en las viejas cónicas de Aragón y Castilla. A los quince años ya escribió sobre el Cid Campeador y sobre don Jaime de Aragón, sus héroes predilectos; dejó su obrilla en Gratz y ofreció pedirle para que yo la leyese, advirtiéndome que estaba mal escrita, lo cual, con perdón de S. M., es muy posible...

Juanillo se detuvo.

El militar dijo sonriendo:

—Continúa.

.....
A tal punto llegó el empeño de la madre, con el deseo del bien imaginado del hijo, que le obligó a tener confesor italiano y no español; pero el joven de diez y seis años buscaba furivamente al español y se postaba a los pies del italiano para confesar "que no quería confesarse con él, bien que se lo decía bajo sigilo de sacramento"

Juan dejó de leer y miró a su madre.

Esta exclamó:

—Eso es hermoso, hijo mío.

—Sí, sí, hermoso—respondió el teniente—. Ya le he dicho, madre, que es sueño de un poeta.

.....
Posible es que le halague el brillo de una corona, y le disculpe tratándose de la corona de Carlos V; pero lo que él me ha confesado y no he comprendido es que le agita y seduce la gloria de los héroes. Un hombre que lo es y de los más valerosos que hayan existido en tierra de España, el noble conde de Morella, me decía: "Le conozco; tiene un corazón intrépido; quizá es arrojado en demasía; si se le dice que hay que echarse en un estanque, ya está en él de cabeza."

—¿Continúa?—preguntó el niño.

—Continúa; es decir, acaba.

.....
En resolución; yo he conocido a don Carlos de Borbón y de Este, y siendo hijo del pueblo y amando al pueblo, me felicito al presentar esa bella esperanza a los ojos de ese noble pueblo, a quien se ha engañado miserablemente, y hoy más que nunca se está miserablemente engañando."

Manuel empezó a arrojar los papeles.

—Te dejas un párrafo—exclamó la madre.

El militar la miró, y en su semblante apareció de nuevo la sonrisa.

—¡Buena y santa madre!—exclamó—. Me quieres sitiar por ternura. Voy a decirte lo que narra ese párrafo.

Y recitó de memoria lo siguiente:

.....
"Doña Margarita de Borbón es un encanto. La he contemplado junto a la cuna de su hija ocupada en domésticas labores como Isabel la Católica. En aquella cuna y en su marido tiene un mundo."

—¿Qué dices?—preguntó la anciana al terminar la lectura.

—Digo—respondió el teniente—lo que dije antes. Ese es el bello sueño de un poeta; la realidad se encargará de lo demás. Don Carlos es un hombre, y, como tal, imperfecto.

La anciana recogió los utensilios del almuerzo. Juanillo, mientras tanto, se acercó a Manuel, sacando de su bolsillo un papecito doblado.

—¿Qué es esto?—preguntó Manuel.

—De Alicia—respondió el niño.

—¿Qué es?

—Míralo.

Desdobló el militar el papelito y vió una linda sortija de oro, con las cifras de la niña. Besó Manuel el arete con religiosa veneración.

—¡De tu prometida!—dijo el muchacho muy bajito.

—¡Dice Alicia que no abandones nunca esta sortija!

El militar la colocó en su dedo anular, diciendo:

—¡Dila que ante ti, ángel mio, he jurado no abandonarla jamás! El día que esta sortija venga de nuevo a sus manos, es que Manuel de Olasar habrá muerto.

Sonaron en este instante furiosos toques de corneta que el viento llevaba hasta la prisión, acompañados de estampidos de fusil. Manuel corrió a la ventana.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¡Mis tropas!—gritó.

La anciana se acercó a él.

—¡Déjame, déjame, madre!—gritó el oficial, paseándose agitado por la habitación.

La noble señora salió de la estancia sollozando, y Manuel quiso precipitarse tras ella, pero vió por la entreabierta salida relucir las bayonetas de dos voluntarios.

Juanillo le abrazó llorando.

—Adiós, hermanito!

El oficial le estrachó nerviosamente contra su pecho, diciéndole con vehemencia:

—¡Defiéndete tú, Juan, defiéndete! No te dejes abrumar por otra atmósfera de otro siglo! ¡Proclama tu libertad de pensamiento, tu hermosa libertad! Yo te juro que cuando ahoguemos a la fiera que nos amenaza, yo salvaré tu corazón de la tiranía! ¡Juan, Juan, niño mio, ama sólo la hermosa paz, la libertad divina, que es sólo fuente de todas las bienandanzas!

Juanillo le besó una y mil veces, y salió.

Manuel quedó solo y la desesperación se apoderó de su alma.

Seguían resonando en la montaña los disparos, y cada estampido resonaba en el corazón de Manuel como un grito de muerte.

XIV

Antes que padre, jefe.

Dormitaba el viejo señor en un sillón de caoba blasonado, cuando entró en la estan-

cia José-Mari con el semblante contraído, hirviente de cólera el corazón.

—¿Quién entra así?—preguntó don Juan Manuel, incorporándose sobresaltado ante la brusca irrupción.

—¡Señor general, señor general!—gritó el guerrillero—; se me pospone, se me hierre, se me maltrata.

—¡Ah! ¿Eres tú, José Mari?—exclamó don Juan Manuel—. ¿Y qué es lo que te pasa?

—¡Oh, señor!—prorrumpió el antiguo casero con indignación creciente—; Ramón de Olasar estropea mi obra, me roba el prestigio.

—Calmate, calma, José Mari Egozcué. En mi presencia nadie alza la voz. ¿Qué pides con gritos tan descompasados, con actitud tan descompuesta?

—Justicia pido, señor de Olasar, justicia.

—¡Oh, difícil es administrar justicia, amigo mio. Sosiégate, y expón tus querellas contra mi hijo.

El viejo aldeano enjugóse el sudor que corría por su frente, y respondió en voz más baja, pero aún cortada y a borbotones:

—¡Ramón de Olasar acaba de insultarme en pleno campo, y ante mis voluntarios!

—Algún motivo habrás hecho, José Mari. El caballero coronel Olasar no se deja llevar de la ira.

—Señor, mi único delito, mi única falta, es el celo por la santa causa del trono y del altar.

—¿Y cómo, José Mari?

—Figúrese su excelencia que, después de injuriarme, me obliga a una pasividad con que no está conforme mi entusiasmo por servir al Rey, mis legítimas ansias de glorias militares.

Aquí Egozcué relató al anciano la escena del monte, el arresto y el desdeñoso modo con que Ramón reconocía sus dotes militares. Concluyó diciendo:

—Ahora, señor general, anhelaba prestar a la Patria el servicio más recomendable. Ocupan unos caseríos envueltos en la maramaña del monte las fuerzas dispersas que anoche profanaron el santo templo del Señor, y yo me proponía batirlas y darlas su merecido, cuando el señor coronel se opone y me manda quede en la inactividad. Algo hay aquí, señor, algo que pudiera parecer odio, envidia, antiguos rencores nacidos en un corazón incapaz de comprender los méritos de un soldado...

El señor de Olasar movió la cabeza con aquel su peculiar movimiento, y dijo con voz pausada:

—José-Mari, esto es grave. Ramón es leal y digno. Que venga Ramón

—¡Aquí estoy, padre mío!—exclamó el mayorazgo entrando en la estancia—; ¡aquí estoy!

El viejo dijo con voz augusta:

—Acércate, hijo.

José-Mari miró de frente a Ramón, con sus ojos fieros.

—¡Un momento, padre, unas pocas palabras solamente! José-Mari quiere una guerra cruel; José-Mari quiere una guerra de exterminio. Quiere hacer maldito el emblema de nuestra bandera, empezando por la destrucción de la Patria...

José-Mari interrumpió bruscamente:

—Nadie ama, pues, a mi Patria como yo... Lo que quiero son castigos ejemplares... Hoy he visto el cadáver de Josecito, acribillado a balazos. Las mujeres piden venganza.

Ramón exclamó con acento reposado:

—¿Y sabes tú, Egozcué, si fué quizá bala nuestra la que le quitó la vida?

—¡Oh! Eso no lo sé, pues—replicó el guerrillero—; lo que sé es que Ramón es blando como un niño.

Habló entonces el señor de Olasar, con acento de autoridad:

—Coronel de Olasar, es usía asaz misericordioso. Si le hace llorar la muerte dada en un combate, deje la espada que heredó de sus mayores, y acójase a la paz de un convento, que más gana la causa con la oración de un monje, que con el esfuerzo de un pobre de espíritu.

Ramón se mordió los labios hasta hacerlos brotar sangre, y José-Mari le envolvió en una mirada radiante de triunfo.

—¡Además—continuó el prócer—, tú te muestras dulce con tu hermano. Yo, cuando veo esto, hijo mío, creo que sigues las huellas del hijo extraviado, y pienso con dolor en el destino que nos reservará la Providencia.

Ramón preguntó, disimulando con un gesto de voluntad la cólera que hervía en su pecho:

—¿Y qué hago, general?

—Deja a José-Mari en su libre albedrío. El tiene el hermoso carácter aventurero que libró a España del gran Napoleón. Tú has

nacido sólo para llevar un ejército al combate; él para levantar un país, correr de montaña a montaña y ser el lobo que un día destroza un cordero y mañana un rebaño..

—¡Está bien!—murmuró el mayorazgo— ¡Está bien! Yo te felicito, José-Mari. Cuando las llamas del incendio de tu tea iluminen con fatídicos resplandores la tierra en que naciste, bien podrás decir que has alcanzado la mayor de las glorias. Tu nombre habrá figurado al lado del execrado Santa Cruz, y tu fama irá unida a la de aquellos otros hombres que pegonaban sus leyes con las bocas de sus trabucos.

José-Mari palideció.

Sus manos se crisparon.

Un odio mortal sentía por el joven señor, que amaba las leyes del honor como correspondía a su estirpe, a su nombre y a su historia. José-Mari, nacido en el corazón de la serranía, tenía los instintos salvajes del lobo. Ganas tuvo de arrojarse sobre él y vengar en un instante todas las humillaciones.

Sin embargo, a pesar del esfuerzo de su voluntad para contenerse, se dejó llevar de un arrebatado fiero.

—¡Injuria!—gritó—. ¡Injuria! ¡Me llama bandido! ¡Oh, señor de Olasar, esto es inicuo!

El mayorazgo lanzó una carcajada de desprecio.

—¡Callaos!—exclamó don Juan Manuel golpeando con sus puños cerrados los brazos del sillón—. ¡Callaos! Los dos cumplís mal con vuestros deberes. ¡Esas querellas hacen más daño a la causa que todos los enemigos juntos!

Y añadió con el acento imperioso del jefe que no admitía réplica:

—¡Antes que padre, soy jefe, Ramón! ¡Antes que amigo, soy el señor, José-Mari! Tú, hijo, marchas contra esos caseríos donde se guarecen los asesinos de Josecito, y los tratas como te aconseje tu deber militar. Tú, amigo, te quedas en esta casa, y cumples con la disciplina. Cuando Ramón regrese, los tres hemos de juzgar al prisionero que abajo aguarda su destino. Yo me despojaré de mi corazón de padre; tú, hijo, de tu amor de hermano, y tú, José-Mari, de tus querellas y rencores de antiguo vasallo. ¡Ramón, a cumplir tu deber, pronto!

Ramón dirigió a José-Mari una mirada

de odio y amenaza, y salió sin despegar los labios.

El caballero entonces dijo a José-Mari.

—¡Egozcué, ya está hecha justicia!

—¡Gracias! —dijo José-Mari, y salió también de la cámara triunfante y gozoso.

XV

Alicia.

Bajó al patio el antiguo casero, y a su paso se interpuso la dulce figurita de Alicia, que le llamó:

—¡José-Mari!

Brillaron los ojos del guerrillero con una luz extraña, y se detuvo.

Alicia le tendió su mano, que José-Mari se llevó a sus labios, apretándola fuertemente sus dedos de nieve.

Ella dijo con una sonrisilla agrisada:

—Desde que usas galones, eres fino y galante, Egozcué.

Sintió el guerrillero la punzada y respondió:

—Alicia, vuélvome cortés, porque antes era nada más que un vasallo, y ahora tengo el honor de servir a mi Patria y a mi Rey con la espada en la mano. Además, humilde servidor de la *nescacha* lo fui siempre, pues.

—¡No lo dudo, José-Mari! Tú me conoces desde bien niña, y sé que me quieres.

El replicó con viveza:

—¡Qué si te quiero, pues!... ¡Oh, no lo sabe bien la señorita!...

—Malo te juzgan, José-Mari—dijo la joven—; pero yo no lo creo. ¿Verdad, José-Mari, que tienes buen corazón?

—No lo sé; de poco sirve el buen corazón en estos tiempos. Ahora, ante Alicia sí que soy bueno.

Dulcemente, con acento persuasivo y mimoso, Alicia dijo:

—José-Mari, he de pedirte un favor. ¡Tantos te he pedido! No será ahora que me des un vaso de sidra, como en los días del estío, cuando volvía del bosque cansada de jugar...

Tornóse suave y blanda la voz agria del cabecilla, que exclamó:

—¡Todo lo que quieras, Alicia! ¡Todo lo que quieras!

Estremeciéndose un poco la joven ante la mirada encendida de José-Mari, que la devoraba, y retrocedió instintivamente.

El avanzó unos pasos diciendo:

—¿Tienes miedo, niña? ¿Te asusto yo?

No temas, José-Mari te adora lo bastante.

Serenóse un poco la linda Olasar, y dominando su miedo, pidió con dulzura infantil:

—¡José-Mari, buen José-Mari! Aquella niña buena que tú acariciabas, viene a pedirte que seas blando y generoso con un buen amigo tuyo.

—¿Quién?—pregunó el cabecilla con ligero acento de ira.

—Del pobre Manuel te hablo, José-Mari. Si tú quieres, Manuel puede marchar libre hoy mismo.

—¿Cómo? ¿Vienes a pedirme la libertad de un *guiri*, Alicia?

—¡Oh, no te pongas terrible, Egozcué. Esta noche puedes tú abrirle la puerta de la prisión y decirle: ¡Sal, amigo Manuel, sal; que aún no ha olvidado José-Mari aquel niño que jugó sobre sus rodillas, oyéndome contar cosas estupendas de cien batallas en que luché como bravo y di mi sangre tantas veces!

Púsose sombrío Egozcué, y en su duro semblante apareció una nube de cólera.

—¡José-Mari, por amor de Dios! ¡Alicia se muere si Manuel no se salva! No consientas una cosa horrible, José-Mari; no consientas que las manos de mi tío, las de Ramón se manchen con sangre de hermano... ¡Por piedad, José-Mari!

Y Alicia estrechó las manos callosas del guerrillero con nerviosa tensión, mientras sus ojos azules, suplicantes y llorosos, se clavaban en los secos de su interlocutor, que lanzaban fulgores desconocidos y potentes.

—¿Lo harás? ¿Tendrás compasión de la niña?

El replicó trayéndola hacia sí:

—Sí tú, Alicia, tienes compasión de este hombre que arde en amores por ti, desde luego.

Y trataba de besarla en los labios, a tiempo que la rodeaba el talle gentil con sus brazos membrudos.

Ella, ahogada por una repentina emoción,

rechizó el abrazo, mientras sus mejillas se encendían en el color de los madroños.

—¡José Mari! ¿Qué dices?—preguntó temblando—. ¡No te entiendo!

—Yo no explico mis ideas, pues. Soy torpe, Alicia. Yo no vergo a cantarte al pie de la reja; pero no por eso te quiero peor. Algo más, tal vez, que el extraviado que adoras...

Irguióse entonces la dulce niña, irguióse, pintándose en su frente toda la altivez de la gran familia a que pertenecía, y exclamó:

—¡José-Mari, guarda la lengua! ¿Olvidas quién soy?

—Por eso que no lo olvido, Alicia.

—Entonces, eres...

—¿Qué?

—¡Un cobarde! Me das la libertad de Manuel proponiéndome una infamia.

—¿Una infamia, pues? ¿Acaso no soy hombre yo como el otro?...

Ella entonces replicó con su dulce voz, vibrante y colérica:

—¡Guárdate entonces la libertad! Firme soy en mis sentimientos. Venga la muerte, venga lo que venga, de Manuel soy. ¡Lo he jurado!

Egozcué trató de calmar la excitación de la joven, modificando sus atrevidos ademanes.

—¡Alicia!

Ella sonrió entonces, con una risa nerviosa, tras la que ocultaba las lágrimas su corazón de Olasar, fuerte y vencedor.

—¡Cobarde! ¡El viejo ciego hablando de amores a su ama!...

La frente del guerrillero se irguió ante el insulto, mientras los labios decían audaces:

—¡Entonces no habrá piedad para él!

Alicia gritó ahogando los sollozos con la firmeza de su voluntad:

—¡Que no la haya! ¡Tampoco Dios la tendrá para tí!

—¡Lo verás morir, arrastrarse!... ¡Lo verás cubierto de sangre, expiar su locura!—exclamó el guerrillero con risa cruel—. ¡Ay, Alicia, de qué sirve el orgullo, de qué sirve!...

En este instante sonó una vocecilla que gritaba:

—¡Alicia, Alicia!

Juanillo bajaba corriendo los escalones buscando a su prima.

Entonces Alicia no pudo más, y se arrojó

sobre el pequeño, cubriendo el rostro infantil de besos abrasadores.

José Mari se volvió afectando indiferencia, y el pequeño, corriendo hacia él, comprendió en un instante que él era la causa de aquel desconsuelo, y dijo poniendo en su boca toda la acritud de que era capaz su corazón de niño, tierno y sencillo:

—¡Ay, Egozcué! ¡Tú nos haces llorar a todos! ¡Eres malo, Egozcué, eres malo!

La voz vibrante de Ramón gritó fuera:

—¡Voluntarios, firmes!

Se asomaron todos. Allí iba, enjugando sus lágrimas. El mayorazgo revistaba un centenar de voluntarios.

—¡Se va!—dijo la joven con argustia.

Ramón se volvió y la envió una amarga sonrisa.

—¡De frente, marchen!—ordenó el caballero.

Y la pequeña tropa batió marcha hacia el monte.

—¿Dónde van?—preguntó Juanillo.

José Mari respondió con ironía, y rencor:

—¡A robarme la gloria!

El señor de Olasar, el astuto don Juan Manuel, gritó desde el balcón al mayorazgo que partía:

—¡Ramón, coronel Ramón de Olasar, no se olvide que antes que hombre es soldado!

El pequeño murmuró tembloroso a los oídos de Alicia:

—¡Primita, mi padre y José-Mari me dan miedo!

La joven le estrechó entre sus brazos, y replicó:

—¡Tu padre es un hombre de buena fe!

—¿Y José-Mari?—¡Oh, no lo sé!—respondió la joven.

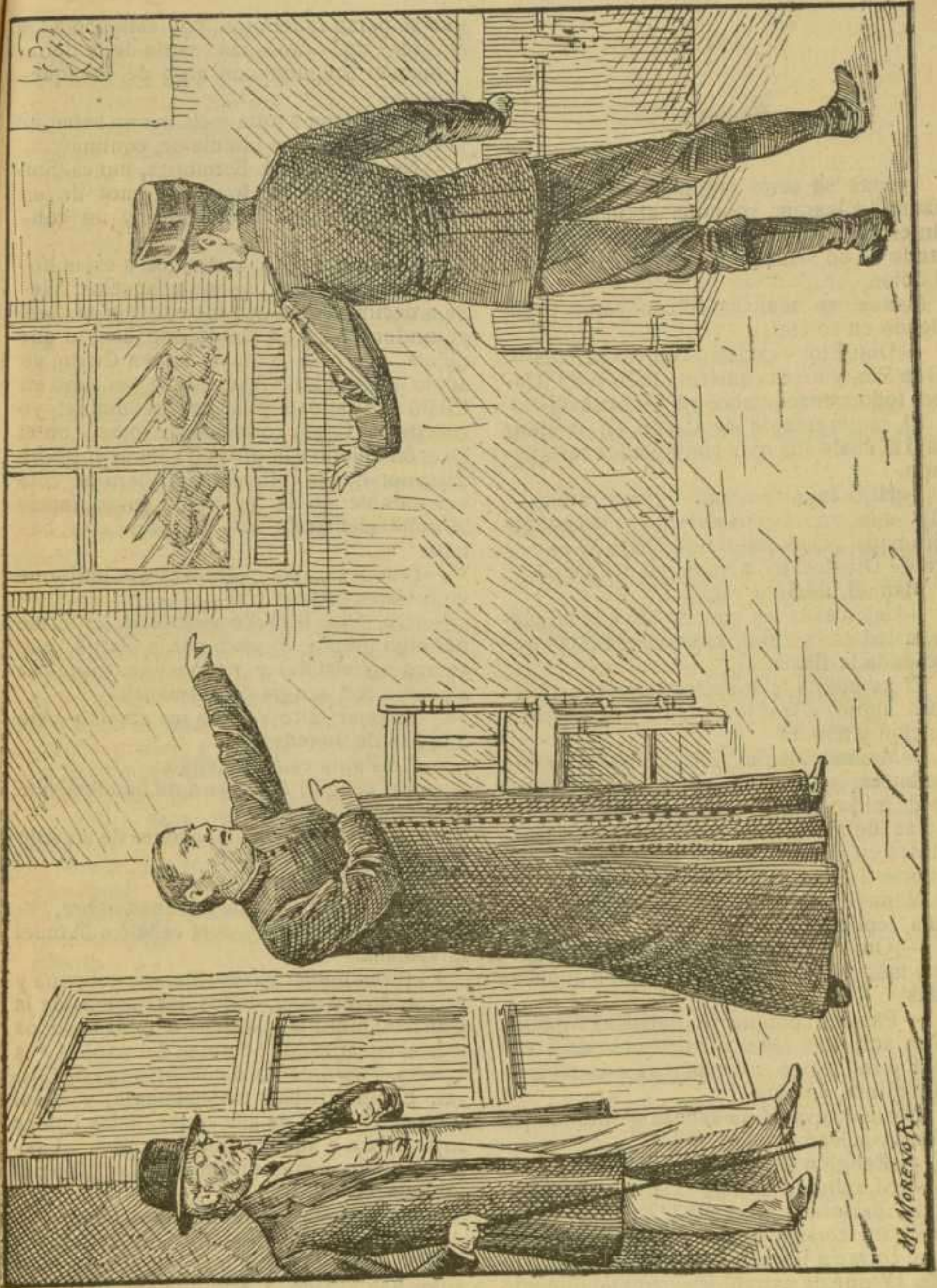
Y entrelazados, se perdieron los dos en las penumbras de la vieja y carcomida escalera.

José Mari vió partir a las tropas en dirección del monte, murmurando:

—¡Todos estos me envidian, todos están celosos del poder del viejo casero!... Son blandos y misericordiosos. ¿Sí creerán que la guerra es juego de niños?

Y añadió para sí, entrando en la casa, suspirando con sus pulmones de toro:

—¡Oh, y tú, Alicia, ¿por qué me desprecias también? ¡Tienes también en tu alma el orgullo de tu estirpe!



M. MORENO R.

—¡Mira esas boinas, mira esos sombreros!

XVI

El cura.

Apenas se cerró la puerta detrás de la madre de Juanín, volvió a abrirse y en su dintel apareció la figura de don Pío, llevando en su semblante pintada la tristeza y el dolor.

Manuel se acercó a él con corazón ardiendo en cólera.

—¡Don Pío! —exclamó con voz irritada—. ¡Don Pío, y usted consiente todo esto! ¡Usted, todo mansedumbre y todo caridad!

El representante de Cristo en la tierra bajó al suelo sus ojos con humilde resignación.

—¡Hijo mío —exclamó dulce y tierno—, hijo mío, yo no consiento nada, yo no tolero nada! ¿Qué quieres que haga el ministro de Dios contra la voluntad del cielo?

Manuel, trémulo, replicó:

—Usted es la tea que prende a la hoguera, usted es la mano, usted es el aliento que extiende la llama.

El sacerdote le hizo acercarse con amistoso signo, y le dijo dando a sus palabras unción y ternura:

—Manuel, Manuel, niño que yo enseñé a balbucear las primeras oraciones; compañero de mi juventud, ya no recuerdas aquel as horas de mi infancia, aque los felices instantes en que yo era para ti el mejor amigo, el más fiel compañero, el confidente.

Manuel, con una sonrisa de tristeza infinita, replicó:

—¡Oh, no venga ahora a amargarme más estos momentos! ¡Pasaron aquellos días!

—Pasaron porque tú quisiste, Manuel. Ven acá, niño rebelde, ingrato mío; ven acá y reflexiona. ¿No amas ya a la religión de infinita poesía?...

Manuel levantó su cabeza e interrumpió con vivacidad:

—¡Religión de amor y perdón, Pío!

—Sí, religión de amor, eso es. ¡Escarnecida, derrocada, necesita brazos que la defiendan, corazones que vuelvan por ella, que corran a los campos en pos de la victoria. ¿Y qué de extraño encuentras, hijo mío, en mi actitud, en mis hechos? Aliento a los

que amparan la religión, doy esfuerzo a los cruzados de la causa más santa de la tierra.

Manuel preguntó con algo de brusquedad:

—Pío, ¿viene a pronunciarme un sermón? El sacerdote, sin inmutarse, continuó:

—No, Manuel, no. Sermones, nunca. Son palabras de cariño, frases de amor de un viejo amigo. Una advertencia y un consuelo.

—Consuelos, Pío, consuelos a estas horas y en esa forma, no son consuelos. Viene a decirme cosas que me entristecen. Seré yo un loco, seré un condenado, seré lo que quiera que sea, pero yo amo a Cristo, yo adoro su religión. Ahora, que yo amo en Cristo su caridad y su mansedumbre; yo concibo a Cristo coronado de rosas, con el corazón abierto a la piedad; abierto el pecho del amor que le inflama. Caballero de cota y mandoble no le he creído nunca; jamás le soñé alentando los hombres a la batalla.

—Entonces, ¿por qué llevas ese uniforme y no vistes esta sotana?

—¡Oh, Pío, Pío! Yo visto este uniforme por algo grande; lo visto por la Patria, que es una indivisible, y no para ensangrentar su suelo con sangre de hermanos.

—Entonces arroja ahora tus armas y vete a la paz de un retiro.

—¡La Patria está en peligro!

—¡En peligro! Acógete a mi bandera, que es bandera de la Patria...

—Yo no sirvo a las ambiciones de un solo hombre...

—¡Un solo hombre! ¡Mira!

Oíase abajo ruido de muchedumbre, redoble de tambores. El cura señaló a Manuel la ventana.

El joven militar vió desfilar, en columna y marcando el paso, todos los caseros de la comarca, todas las partidas reunidas con los más caracterizados hombres del partido a la cabeza, a las órdenes del mayorazgo de Olasar. Evolucionaban marcialmente, y al sol brillaba el metal de sus armas, y las boinas rojas daban a aquella muchedumbre el aspecto de un campo de amapolas agitado por un huracán.

—Manuel miró al cura, que exclamó:

—¡Un solo hombre, loco, un solo hombre! Ya los ves. No se les ha reclutado, ellos solos han venido. Y esto que ahí ves, sucede en Guipúzcoa, en Alava, en Navarra, en

XVII

El incendio.

todas partes. Ya no es fogarata que puede apagar el viento, es hoguera que extiende su fuego por toda España. Aquí, Andécha-ga, Velasco; en Navarra, Olo, Radica; en Guipúzcoa, Lizárraga; en Cataluña, Savalls, Huguot, Tristany; en el centro y Valencia, Cucala y Vallés; éstos como jefes, como almas del movimiento. Dentro de poco, esas partidas serán batallones, los batallones serán brigada y el lábaro bendito irá hasta Madrid. ¿Qué será de los desventurados que cierren los ojos y no vean? Cristo lo dijo: "Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos."

Manuel entonces irguió su cabeza.

La puerta acababa de abrirse.

Don Juan Manuel se volvió a presentar diciendo:

—¡Pío, el Ejército real quiere escuchar de tus labios la palabra de Dios!

—Entonces el cura dijo al oído de Manuel:

—Medita, hijo mío.

El joven respondió con firmeza:

—¡Meditado está! Soy hombre de honor, liberal por convencimiento; he jurado una bandera, y moriré por ella si es preciso. No se moleste el buen amigo, que nunca faltaré a la fe de mis ideas. Sueño con España grande y libre, y sólo en la idea moderna encuentro la esperanza.

Don Pío dijo tristemente:

—¡Mira esas boinas, mira esos hombres!

Manuel apartó su vista del marcial desfile y exclamó:

—¡A todas esas bayonetas, Manuel de Olasar opone su corazón y su entendimiento.

Y con voz estentórea, asomándose a las rejas, gritó frenético:

—¡Viva la libertad, viva España!

—¡Está loco! —gritó don Juan Manuel desapareciendo.

El cura volvió a insistir:

—¡Manuel, vas a ser juzgado en Consejo de guerra!

El joven, volviéndose rápidamente, replicó con entereza:

—¡Mejor! ¡A ver si estas gentes se atreven con un valiente!

El sacerdote salió diciendo:

—Niño rebelde, extraviado, yo pediré a Dios por ti.

Pasaron unos días.

La guerra, como dijo el cura a Manuel, tomaba incremento y las partidas iban convirtiéndose en batallones.

Don Carlos entró en España, y el 2 de mayo, dirigió a los españoles desde Vera el siguiente manifiesto:

"Españoles: Ya estoy entre vosotros; que vengo a consagrar mi vida a vuestra felicidad lo sabe España, lo sabe el mundo entero.

Los principios escritos en mi bandera, públicos son, porque solemnemente los tengo proclamados. Los santos principios que hicieron tan glorioso y respetado vuestro nombre.

Víctimas sois de una minoría audaz que os ha impuesto el yugo extranjero.

Yo vengo a saludaros, a devolveros vuestro bienestar, vuestra importancia en el mundo, vuestra independencia nacional.

Cada gota de sangre que se derrame será una herida en mi corazón, porque mi corazón es el vuestro, es el corazón de vuestra Patria.

Españoles, el Rey os llama a todos sin excepción para que os agrupéis alrededor de nuestra tradicional bandera.

Dios, Patria y Rey escribieron en ella nuestros padres.

Humillemos nuestras cabezas ante Dios, honremos su santo nombre y sus altares y El os dará aliento para dar cima a nuestra empresa salvadora.

Unámonos todos gritando: "Abajo el extranjero". y al rugido del león español huirán espantados los instrumentos de la revolución y los satélites de Italia.

Españoles, venid todos a mí, que si venís unidos, será fácil empresa devolveros la paz,

la abundancia, los fueros y la verdadera libertad a vuestro Rey

CARLOS"

Manuel, en su prisión, en vano trató de ver a Alicia que, sin duda, se habían llevado de allí.



Y le ayudó a libertarse de sus ligaduras.

Un día entró en su prisión José Mari seguido de dos voluntarios.

—Señor oficial—dijo el guerrillero—, va usted a ser conducido al Tribunal.

Manuel levantó dignamente la cabeza.

—¿De qué se me acusa?—exclamó—. Nunca oí que en ejércitos civilizados se juzgue a los prisioneros de guerra.

Y añadió sarcásticamente y con desdenoso acento, al reconocer al antiguo casero:

—¡Ah, eres tú, al que yo hice el honor de darle los buenos días en más de una ocasión, José-Mari! ¡Qué placer y qué honra para ti el ser mi carcelero!

José-Mari hizo señas a dos fornidos vo-

luntarios, que se apoderaron, después de una corta resistencia, del joven militar, y le sujetaron con fuertes ligaduras.

José-Mari se reía.

—¡Tú me diste una vez con un látigo!—exclamó.

El militar replicó con infinito desprecio:

—¡Véngate, buitre! ¡Con hombres como tú, buena está la causa del Rey!

El cabecilla dijo con ironía:

—¡Le salvarán hombres como tu hermano!

Entonces Manuel, ante este insulto, gritó:

—¡Mi hermano es hombre de honor y caballero! ¡Mi hermano es Olasar, y en cuanto ponga su mano irá su sello de hidalguía!



—¡Carlista soy! A la faz del mundo lo diré yo.

¡Tú sí que eres bajo, buitre, que ni peleas por la Religión, ni por el Rey, ni por la Patria, sino por tu medro personal y tus ambiciones! ¡Vete de ahí, que me dan risa tus galones y vergüenza tu autoridad!

—Tu hermano—declaró José-Mari—acaba de partir. No esperes su protección. Lle-

va órdenes urgentes que cumplir del general Velasco. Tu destino es negro, porque te acusan de haber asesinado un niño en la parroquia del lugar en la noche de ayer.

Manuel se irguió, y en su rostro apareció el rojo carmín de la cólera.

—¡Oh, miserable!—gritó.

En este instante sonaron en la lejanía las campanas tocando a rebato, en la parroquia.

Manuel se acercó a la ventana y vió en los montes cercanos el blanco camino por donde llegaba una columna liberal.

José Mari, terriblemente pálido, dió un grito y salió precipitadamente, dejando abierta la puerta.

En la estancia se deslizó una linda figurita.

Era Juanillo que entraba diciendo:

—¡Hermanito!

El oficial le besó en la frente con una dulce alegría en su corazón.

—¡Atado!—exclamó el niño—. ¡Oh, pobre mío!

Y le ayudó a libertarse de sus ligaduras.

—¡Huye!—dijo el muchacho con viveza—Huye.

Oyóse fuera un toque de corneta. Llegaban las fuerzas militares al pueblo. A su frente marchaba apuesto general.

Manuel abrazó al pequeño, cubriendo de besos su linda carita, y salieron, casi enrelazados, de la prisión.

En el viejo palacio todo era movimiento, todo algazara. El general había hecho alto a la tropa y había entrado en el viejo caserón orgullo de los Olasar.

Al entrar en el patio, Manuel se detuvo.

Su padre y el caudillo liberal disputaban agriamente.

He aquí el diálogo:

—Caballero—decía el general—, necesito inmediatamente reconocer esta casa. Asegúranme que usted guarda en ella cosas comprometedoras para la causa, porque uno de sus hijos, Ramón de Olasar, figura a la cabeza del movimiento de la provincia.

El hidalgo respondía:

—¡Mi casa es mi casa, general! Nadie puso en ella la planta sin voluntad de su dueño, y tenga entendido que si quebrantan sus órdenes, el fuego será poco para purificarla.

El general, golpeando con sus puños la silla donde se sentaba, replicó:

—¡Es una injuria esa frase, caballero!

—¡Carlista soy, carlista soy! A la faz del mundo lo diré yo.

El jefe, con acento más iracundo aún, continuó:

—¡Además, habéis de devolverme, sin excusa ni dilación alguna, a un prisionero que ocultan estos muros.

El anciano se estremeció y dijo titubeando:

—¿Un prisionero?

—Sí. Las hordas que merodean por esta comarca se apoderaron de él. ¡A ver, soldados, registrad la casa; no dejéis nada sin ver! ¡Ira de Dios, ahora mismo! ¡Cuatro números!

Manuel, entonces, se adelantó:

—Mi general, a la orden de vucencia—exclamó.

Y añadió, sin dar tiempo a interrupciones, con dignidad y nobleza:

—Mi padre, impedido, enfermo, no se ha mezclado para nada en este asunto. Prisionero iba yo al monte y estos muros para mí no fueron la cárcel. Me han abandonado ha poco en la montaña, y vengo a presentarme.

El general, sorprendido, preguntó:

—¿Han mentido las confidencias entonces?

—Han mentido—respondió Manuel—; esta casa no está destinada a calabozo, sino a albergue de una raza de caballeros, que jamás desmintieron su honor.

Don Juan Manuel, altivo y sereno, no despegó sus labios.

Manuel, con voz entera, se acercó al anciano, y le dijo:

—¡Perdone esta mentira, padre! Usted es útil a la causa que defiende, como yo defendiendo a la mía. Cada cual a su puesto.

El viejo le tendió una mano diciendo:

—¡Manuel, eres de mi raza!

El joven le dijo muy bajito, a tiempo que el general salía a la puerta para presenciar la entrada de nuevas fuerzas.

—Diga a mi hermano que ruegue a la Providencia no nos ponga jamás frente a frente. Y se alejó.

El anciano murmuró con desesperación:

—¡Oh, Manuel, Manuel, por qué habrás torcido tu camino! ¡Tú, mi preferido!...

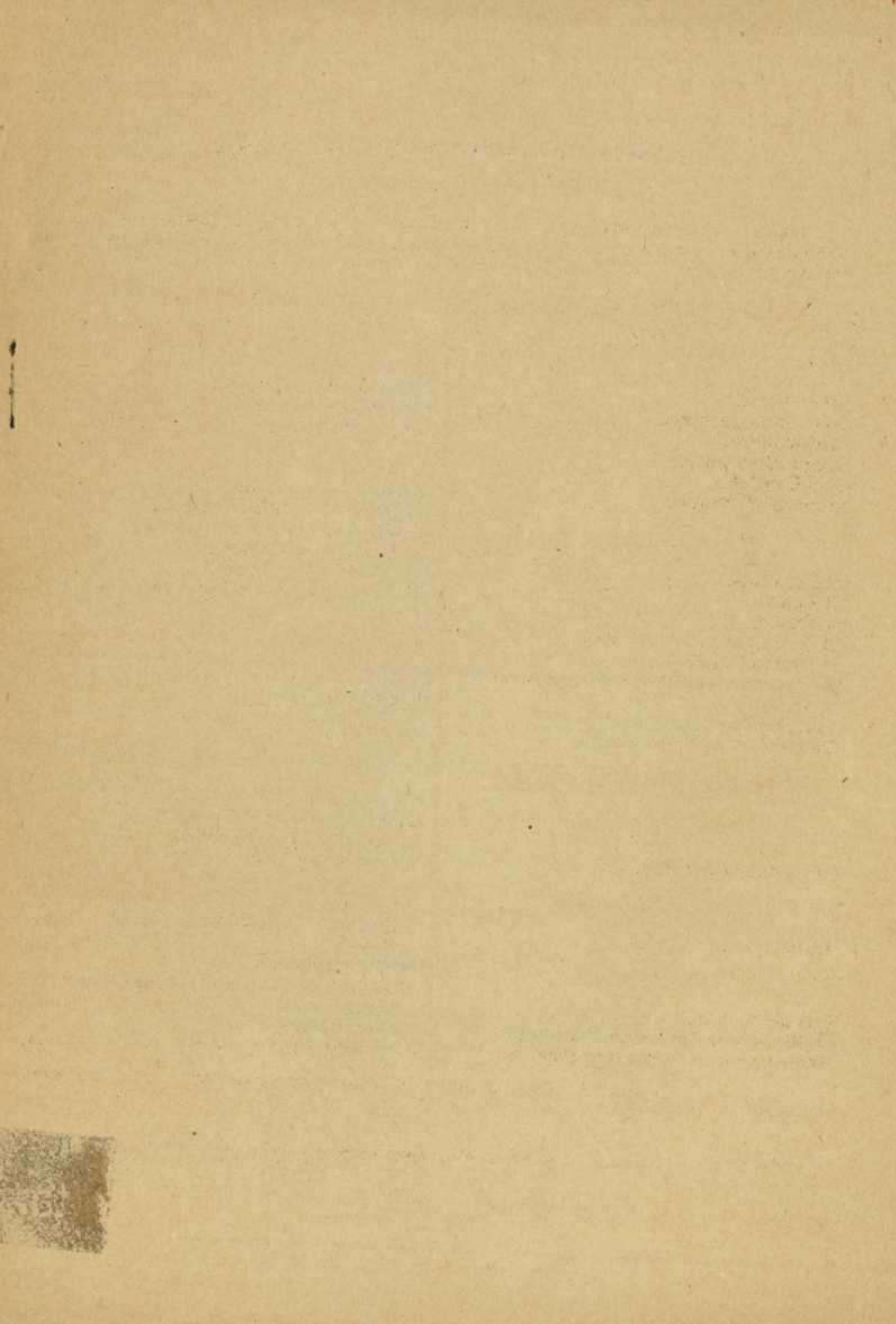
Aquí termina la primera parte de esta historia. La hoguera, encendida, abrasaba ya toda España. El fantasma de la guerra ex-

tendía sus alas por toda la Península. Grandes cosas hemos de ver en el transcurso de esta historia, porque jamás se han registrado hechos más grandes en los anales de una Nación.

Vizcaya, Navarra, Guipúzcoa y Alava; Valencia, Aragón y Cataluña se estremecían ya con las convulsiones del volcán. Estas páginas pasadas dan idea del fuego rompiendo la capa de cenizas y abriéndose paso a la superficie. En ellas va el espíritu que alentó a las primeras partidas; en las siguientes se forma la tragedia, en las que

por todas partes se consumaron hechos grandes que la Historia conserva. Leed las páginas siguientes, donde las partidas son batallones, donde la sangre corre a torrentes, donde vibra el cañón de las batallas, donde la lucha se hace grandiosa y sublime, donde palpitan los rencores y los odios, donde desfilan las figuras de los hombres, a través de sus hechos, agigantados por los resplandores de la llama. Leedlas, que hay cosas que conmueven, porque en ellas palpita el espíritu de España, la Nación de las aventuras y de las grandes epopeyas.

FIN DE LA HISTORIA "CARLISTAS Y LIBERALES"



NUEVA BIBLIOTECA

TOMO NUEVO CADA SEMANA

20 céntimes tomo.

Cada tomo lleva portada de lujo en colores y 12 fotograbados, próximamente. El tamaño de cada página es como esta hoja. Su lectura se devora por lo emocionante y a la vez instructiva. Cinco mil líneas tiene cada tomo, esto es, un día se tarda en leerlo.

Bandidos célebres de España.

EN DOS TOMOS:

José María.
Los Niños de Écija.
El Barquero.
Diego Corriente.
Luis Candelas.
Jaime el Barbudo.

EN UN TOMO:

El Pernalles.
El Chato.
El Cristo.
El Bizco, Melgares y Frasco Antonio.
El huerto del Francés.
El Idiota o los secuestradores de los Pirineos.
Los grandes estafadores.
Carmen la contrabandista.

Episodios célebres de España.

EN DOS TOMOS:

El cocinero del Rey.

EN CUATRO TOMOS:

Madrid y sus misterios.

EN UN TOMO:

Los amores de un torero.
Dolores o el drama de Calatayud.
Ferrer o la huelga sangrienta.

Todos estos tomos publicados se sirven inmediatamente por nuestros corresponsales y la Administración.

GUERRAS

LA GUERRA DE CUBA

¡A la guerra!
El héroe de Cascorro.
Muerte de Maceo.
La repatriación.

LA GUERRA CARLISTA

Carlistas y liberales.
El Pretendiente en España.
El sitio de Bilbao.
La muerte de Concha.
La guerra de Africa (Prim.)
El Ejército en Melilla (Margallo y Marina.)

LOS GRANDES CONQUISTADORES

Hernán Cortés.
Francisco Pizarro.
Cristóbal Colón.
Don Juan de Austria.

LUCHAS POR LA LIBERTAD

España revolucionaria.
El asesinato de Prim.
Castelar y la República.
La espada y la hoguera.

LAS TRAGEDIAS DEL TRONO

La Reina y la guillotina. (María Antonieta.)
Boda y suplicio.
Don Alvaro de Luna y doña María la Brava.
Reina y Cortesana.
La Corte de los venenos: César Borgia.

Pedidos: Al señor Administrador de Nueva Biblioteca:

Calle de Velarde, núm. 12, imprenta

MADRID